

HONRAR LA VIDA EN CRISTO



Osvaldo Rebolleda

HONRAR LA VIDA EN CRISTO



Osvaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
Con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **Escuela de Gobierno Espiritual (EGE)**

Revisión literaria: **Autores Argentinos (IA)**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
Honrar a Dios por la Verdad.....	9
Capítulo dos:	
Honrar a Dios por la Justicia.....	21
Capítulo tres:	
Honrar a Dios a través de la Fe.....	35
Capítulo cuatro:	
Honrar a Dios por Su Gracia.....	50
Capítulo cinco:	
Honrar a Dios con santidad.....	64
Capítulo seis:	
Honrar a Dios por la Vida.....	79

Capítulo siete:

Honrar a Dios por Su Amor.....92

Capítulo ocho:

Honrar el evangelio del Reino.....107

Reconocimientos.....123

Sobre el autor.....125



INTRODUCCIÓN

“Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol, apartado para anunciar el evangelio de Dios, que por medio de sus profetas ya había prometido en las sagradas Escrituras. Este evangelio habla de su Hijo...”

Romanos 1:1 al 3

Generalmente se enseña en la iglesia que la Biblia contiene cuatro evangelios, y es cierto: Mateo, Marcos, Lucas y Juan son considerados los evangelios del Nuevo Testamento. El problema surge cuando se enseña que los evangelios son el Nuevo Pacto, ya que esto lleva a una adulteración de la verdad.

El Nuevo Testamento contiene el Nuevo Pacto, pero los evangelios relatan la historia de Jesús, desde Su nacimiento hasta Su muerte y resurrección. De manera similar, el Antiguo Testamento no es el Antiguo Pacto, pues en realidad contiene diversos pactos, como el Edénico, el Adámico, el Noético, el Abrahámico, el Mosaico o Palestino, y el Davídico.

Estos no son detalles menores, porque cada pacto es diferente. Algunos son condicionales, otros incondicionales; algunos tienen trascendencia eterna, mientras que otros culminaron en su tiempo. No deberíamos mezclar todo ni

enseñar la Biblia como si todo fuera lo mismo, porque corremos el riesgo de formar una conciencia equivocada.

Jesús vivió bajo las demandas de la Ley, y aunque la cumplió sin cometer ningún pecado, fue esa misma ley la que lo llevó a la cruz del Calvario. Su muerte expiatoria y Su resurrección nos proporcionaron la plataforma para el Nuevo Pacto, el cual no es un Pacto realizado con nosotros, sino un Pacto entre el Padre y el Hijo.

Nosotros, por la gracia soberana, recibimos la vida del Hijo, en quien vivimos, nos movemos y existimos (**Hechos 17:28**). A partir de la regeneración, accedemos al pacto y a todas las virtudes de Cristo. Su vida, dones, talentos, capacidades, virtudes y privilegios, así como Su herencia, son compartidos con nosotros por la gloriosa comunión en la que podemos vivir espiritualmente.

En los evangelios, Jesús caminó junto a sus discípulos, pero en el Nuevo Pacto, sus discípulos vivimos en Él. ¡Esto lo cambia todo! Podemos aprender de la samaritana, de Bartimeo, del gadareno, de Lázaro o de la mujer que tocó el manto, pero el Nuevo Pacto nos coloca en un contexto completamente diferente. Si no comprendemos esto, no seremos alcanzados por sus virtudes.

Por su parte, el libro de los Hechos, escrito por Lucas, es una extensión de su evangelio. Nos relata principalmente los primeros movimientos de los apóstoles y de la iglesia en general. Es decir, tanto los evangelios como el libro de los

Hechos nos permiten observar externamente la obra de Jesucristo y la gestión de la iglesia primitiva, pero son las cartas paulinas las que nos otorgan las herramientas para acceder a los misterios del Nuevo Pacto.

En su carta a los Romanos, Pablo nos explica cómo el Cristo individual llega a convertirse en el Cristo corporativo, y cómo nosotros, quienes éramos pecadores y enemigos de Dios, podemos ser parte de ese Cristo glorioso, constituyéndonos en la expresión de Su Cuerpo. Es por esto, que el apóstol Pablo se refiere a sus enseñanzas como ***“mi evangelio”*** (Romanos 2:16).

Esta maravillosa carta de Pablo nos ofrece una definición completa, desde el hombre caído e inútil hasta el hombre gobernante que debe manifestarse con plenitud. Es por ello que he decidido escribir este libro, no como un comentario exhaustivo de este escrito paulino, sino como un análisis puntual de ciertos detalles, que dejan ver el diseño planteado para el Nuevo Hombre, y la honra que podemos expresar a Dios al constituirlo efectivamente.

Podemos ser creyentes, dar testimonio de la vida del Espíritu Santo en nosotros, participar de todas las actividades de culto y de la vida de una congregación, pero la mayor expresión de honra que podemos brindar al Padre es movernos, vivir y expresar la vida del Hijo en sus capacidades y no en las nuestras.

La asimilación de nuestras incapacidades, la dependencia absoluta de la operación del Espíritu Santo, y el conocimiento de las virtudes del Hijo deben ser, sin lugar a dudas, el único camino hacia la verdadera honra. No podemos honrar a Dios con nuestras buenas intenciones, mucho menos con nuestros intentos de justicia basados en nuestras propias obras. Debemos asumir y vivir en la gracia de los hechos de Cristo.

Este libro debe ser recibido como un cofre lleno de tesoros, del cual podemos sacar cosas viejas y cosas nuevas (**Mateo 13:52**). Ciertamente espero que sepan aprovecharlo, brindándole un tiempo y una atención de calidad. ¡Les aseguro que valdrá la pena!

“Las mandrágoras han exhalado su fragancia, y a nuestras puertas hay toda clase de frutas escogidas, tanto nuevas como añejas, que he guardado, amado mío, para ti...”

Cantares 7:13



Capítulo uno

HONRAR A DIOS POR LA VERDAD

“Este evangelio habla de su Hijo, que según la naturaleza humana descendía de David, pero que según el Espíritu de santidad fue designado con poder Hijo de Dios por la resurrección. Él es Jesucristo nuestro Señor.

Por medio de él, y en honor a su nombre, recibimos el don apostólico para persuadir a todas las naciones que obedezcan a la fe”.

Romanos 1:3 al 5

El apóstol Pablo busca guiarnos hacia el Cristo espiritual que nos habita, pero comienza su evangelio exponiendo la necesidad de comprender la naturaleza humana manifestada en Jesús. Su obra y misión son fundamentales para entender y valorar el Pacto que hoy vivimos. No deberíamos estudiar los días de Su carne como si se tratara solo de la historia de un hombre extraordinario.

El profeta Isaías escribió proféticamente que el Señor mismo daría una señal del tiempo que dividiría la historia,

cuando una joven concibiera un hijo llamado Emanuel (**Isaías 7:14**). Esto es trascendental, ya que Emanuel significa “Dios con nosotros”, y eso fue precisamente lo que hizo la encarnación: introdujo la esencia divina en la naturaleza humana, un paso esencial para llevar a los hombres caídos a la redención.

De la misma manera, la resurrección y la ascensión de Cristo, llevaron la esencia humana e hicieron que penetrara en Dios. Así, el Cristo encarnado trajo a Dios a los hombres, pero el Cristo entronizado llevó a los hombres a Dios. Comprender esto es clave, porque la dinámica expresada por Jesús en los días de Su carne nos permite entender nuestra gestión de fe, del mismo modo en que Su posición actual nos debe revelar la autoridad del Nuevo Hombre.

Pablo escribió que, según la naturaleza humana, Jesús fue un descendiente de David, pero que según el Espíritu de santidad fue declarado con poder Hijo de Dios por la resurrección. Es fácil comprender su descendencia como hijo de David, porque, más allá de no haber sido concebido por varón, su genealogía nos permite entender el diseño divino. Sin embargo, debemos preguntarnos: ¿Por qué fue necesaria la intervención del Espíritu de santidad para declarar con poder a Jesús como Hijo de Dios? Y también, ¿qué papel desempeñó la resurrección en todo esto?

Antes de Su encarnación, Cristo ya existía; era preexistente y era el Hijo de Dios. El que nació en Belén en los días del rey Herodes fue Jesús, conocido como el hijo del

carpintero. Esta expresión de Jesús fue completamente humana, por lo que la crucifixión lo mató. Sin embargo, la resurrección lo santificó, elevando la naturaleza humana a la divina, de modo que Él, pudo fundir al “Hijo de Dios” con el “Hijo del hombre”.

“Nosotros les anunciamos a ustedes las buenas nuevas respecto a la promesa hecha a nuestros antepasados.

Dios nos la ha cumplido plenamente a nosotros, los descendientes de ellos, al resucitar a Jesús. Como está escrito en el segundo salmo: Tú eres mi hijo; hoy mismo te he engendrado. Dios lo resucitó para que no volviera jamás a la corrupción. Así se cumplieron estas palabras: Yo les daré las bendiciones santas y seguras prometidas a David”.

Hechos 13:32 al 34

En este sentido, la Biblia dice que Él fue manifestado como Hijo de Dios en Su resurrección, como también lo respalda **Hebreos 1:5**. Es decir, aunque el Cristo, el Hijo preexistente de Dios, estaba en Jesús, nadie podía reconocerlo; incluso fue necesaria una revelación para que Pedro lo identificara (**Mateo 16:16 y 17**), o una transfiguración para que Él pudiera mostrarse plenamente en su naturaleza divina (**Mateo 17:1 al 7**).

Sin embargo, cuando Jesús se entregó a través de la muerte (**Juan 12:23 al 34**), pudo manifestarse plenamente en la resurrección. Cristo, bajo el nombre de Jesús, manifestó claramente Su humanidad a todos. Nadie discutía el hecho de

que Él fuera Jesús, el hijo de José el carpintero, pero Su humanidad fue santificada, elevada y transformada mediante la resurrección, pudiendo así manifestarse abiertamente como el Hijo de Dios con toda autoridad y poder divino.

Era necesario que Cristo se encarnara en Jesús para llevar a cabo la obra de redención en favor de la humanidad, la cual requería el derramamiento de sangre, ya que sin derramamiento de sangre no hay expiación (**Hebreos 9:22**). Así que Cristo se hizo carne para poder cumplir Su obra, matando en Él la naturaleza adámica para levantar a un solo y Nuevo Hombre de resurrección.

Ahora bien, Pablo también dice que nosotros somos llamados a pertenecer a Jesucristo (**Romanos 1:6**); es decir, así como el Hijo eterno de Dios entró en la carne nacida en Belén, también el Espíritu de Cristo ha entrado en nosotros para manifestarse a través de nuestra humanidad. Del mismo modo en que algunas personas conversaban con Jesús sin percibir que era el Hijo de Dios, muchos pueden hablar con nosotros sin comprender que somos hijos de Dios.

El problema no radica en si las personas nos reconocen o no por nuestro estado espiritual. Nadie caminó en esta tierra con toda la unción que tuvo Jesús; sin embargo, muchos no lo reconocieron e incluso llegaron a pensar que era un emisario del mal (**Mateo 12:24**). Lo verdaderamente importante es que nosotros reconozcamos quiénes somos y vivamos en esa plenitud; de lo demás se ocupará Dios. Solo

Él sabe cuándo revelará a Su Hijo, incluso a través de nosotros.

En muchas ocasiones, cuando decimos públicamente que somos hijos de Dios, somos juzgados de manera adversa, pero a Jesús le ocurría lo mismo. Cuando Él declaraba quién era en realidad, lo atacaban hostilmente; de hecho, lo terminaron crucificando por eso. Nosotros debemos comprender que el Reino sufre violencia y que no somos víctimas de ello, sino que completamos lo que falta de las aflicciones de Cristo (**Colosenses 1:24**). Sin duda, llegará el día de nuestra manifestación gloriosa como hijos de Dios (**Romanos 8:19**).

“Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá”.

Romanos 1:17

El apóstol Pablo avanza en lo que considera su evangelio, recordando las palabras del profeta Habacuc, revelándonos un aspecto clave para nuestra fe, ya que vincula estas palabras directamente con la justicia de Dios. Primero, porque nos permite comprenderla, y segundo, porque de la justicia revelada surge la legalidad que debe manifestar la fe.

Podemos usar la fe para orar por alguien o para hacer un buen negocio, pero la fe debe, ante todo, ser para vivir en el Hijo (**Gálatas 2:20**). En el Reino, Él es nuestra justicia (**1 Corintios 1:30**), y si no tenemos revelación de la justificación en Él, trabajaremos vanamente para producirla

con nuestras propias fuerzas. Eso es exactamente lo que hacen aquellos atrapados por la religiosidad.

Solo cuando estamos claros respecto a nuestra justificación en Cristo, podemos obtener autoridad para ejercer la fe. Es entonces cuando adquirimos el derecho legal para acceder al poder del Reino. Recordemos que en el Reino, pretender ejercer poder sin autoridad es ilegal. Jesús manifestó poder en muchas ocasiones, pero siempre lo hizo bajo la autoridad otorgada por la voluntad del Padre.

La raíz etimológica de la palabra “autoridad” está relacionada con la palabra “autor”, lo que implica que la fe, debe encontrar su legalidad en el autor de aquello que se pretende creer. En otras palabras, la fe no tiene que ver con nuestros simples deseos, sino con la voluntad de Dios. Que nosotros digamos que creemos firmemente en algo no significa que tengamos fe; todo depende de quién nos esté respaldando.

Esto es glorioso en cuanto a nuestra permanencia en Cristo, porque la gracia es algo que Dios puede definir soberanamente según Su deseo, pero cuando vivimos en Cristo, Su perdón es absolutamente permanente. Si no fuera así, habría injusticia en Dios. Es decir, somos justificados en Cristo, no porque hacemos algo, sino porque Jesús ya hizo todo lo necesario, una vez y para siempre.

Dado que Jesucristo ya cumplió en Su carne todos los justos requisitos de la Ley, Dios está obligado por Su justicia

a sostenernos como justos. Dios está comprometido por Su justicia, y no por amorosos sentimientos. Él amaba al Hijo, y aun así lo envió a la cruz. Debemos comprender el peso de Su justicia. Dios nos sostiene en justicia porque permanecemos en Cristo, y Él es justo. En **1 Juan 1:9**, se dice que si confesamos nuestros pecados, Dios es justo para perdonarnos porque Cristo murió por nosotros y derramó Su sangre por nosotros.

La justicia de Dios se nos revela por fe y produce fe en nosotros. Cuando creemos en la voluntad expresada de Dios, Cristo mismo se convierte en nuestra fe. Algunos hermanos me han dicho que desearían tener más fe, pero la fe no es un sentimiento generado; sino que es la revelación de Cristo en nosotros, y de nosotros en Él. El conocimiento de la voluntad del Padre en el Hijo, es la esencia legal de la fe.

“Porque la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad; porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa”.

Romanos 1:18 al 20

El apóstol Pablo comienza a mostrar que la justicia de Dios es inevitable y que todos los seres humanos hemos caído en condenación, provocando además la ira del Creador.

Todos necesitamos la justificación del evangelio, porque no podemos obtener el favor de Dios ni escapar de Su ira a través de nuestras propias obras.

No podemos alegar el cumplimiento de las demandas divinas, ni afirmar con verdad que hemos actuado en base a la verdad. De hecho, la raíz de la impiedad radica en reprimir la verdad con la injusticia, algo que todos hacemos a causa de la oscuridad.

La verdad no se compone de conceptos o doctrinas; la verdad es Cristo (**Juan 14:6**). Su expresión está fundamentada en todo lo que Dios es, y desea. Nadie puede negar la verdad de Dios ni refutar Su existencia. Sin embargo, desde el principio de la creación, después del pecado de Adán, los hombres hemos rechazado la verdad de Dios y hemos intentado suprimirla, alterarla o transgredirla.

Los seres humanos, sin la vida de Cristo que es la fuente de la luz (**Juan 1:4**), no pueden interesarse en la verdad de Dios. No la aprueban ni desean aferrarse a ella; por el contrario, procuran detenerla con impiedad e injusticia. Por esta razón, la condición de la sociedad global ha sufrido históricamente una degradación continua de los valores y la moral.

Pablo afirma que Dios mismo se ha manifestado a través de Su creación. Reconoce los misterios de lo invisible, la incomprensibilidad del poder divino y las profundidades de Su deidad, pero dice que, en cierta medida, el Señor las

hizo visibles a través de lo creado, y que por ello, los seres humanos no tenemos excusa.

De vez en cuando, escucho en las redes sociales a algún científico analizar la creación y reconocer que debe existir un ente superior que ordenó todo y lo sostiene en su órbita. Esto no es algo que un científico admitiría hace unas décadas, pero el avance de la tecnología ha ampliado tanto la comprensión de la creación que ya no pueden negar que todo evidencia la existencia de un Creador. Sin embargo, harán lo imposible por reprimir la verdad con injusticia.

Muchos eruditos saben que Dios existe; incluso aunque algunos no tengan la vida ni la luz que provienen de Él, pero han caído en la evidencia de que la creación es indudablemente la obra de un ser superior. No obstante, deciden retener la verdad, y al profesar ser sabios, se han hecho necios (**Romanos 1:22**). Se han negado sistemáticamente a reconocerlo porque saben lo que eso implicaría. Esto ocurre porque al igual que Adán en el huerto, eligen la independencia y se niegan a aceptar la verdad divina.

Esta actitud provoca la ira de Dios a causa de Su justicia. Lo vemos en la cruz del Calvario, donde Su justicia implacable ejecutó la impiedad de los hombres en la persona de Cristo. La gracia que encontramos en Cristo no es simplemente el resultado del amor, como algunos piensan, sino primordialmente de la justicia satisfecha en la crucifixión.

Esa gracia en la cual hoy los hijos renacidos de Dios nos regocijamos se cerrará. No para nosotros, pero sí para este mundo que detiene con impiedad e injusticia la eterna verdad del Creador. Por misericordia, el Señor lleva más de dos mil años anunciando el evangelio a través de Su Iglesia. La oportunidad sigue abierta, y Él desea que el evangelio del Reino sea proclamado en toda la tierra antes de que llegue el fin (**Mateo 24:14**). Luego, el Señor vendrá, y manifestará Su ira sobre todas las naciones de la tierra.

“Ya se acerca el gran día del Señor; a toda prisa se acerca. El estruendo del día del Señor será amargo, y aun el más valiente gritará. Día de ira será aquel día, día de acoso y angustia, día de devastación y ruina, día de tinieblas y penumbra, día de niebla y densos nubarrones, día de trompeta y grito de batalla contra las ciudades fortificadas, contra los altos bastiones. De tal manera acosaré a los *hombres, que andarán como ciegos, porque pecaron contra el Señor. Y sus entrañas como estiércol. No los podrán librar ni su plata ni su oro en el día de la ira del Señor. Será toda la tierra consumida; en un instante reducirá a la nada a todos los habitantes de la tierra”.

Sofonías 1:14 al 18 NVI

Quienes hemos recibido la gracia de la regeneración no somos mejores que los demás; simplemente hemos recibido, por gracia, la vida del Señor. Esto nos ha traído luz para comprender nuestra condición y para recibir la verdad del Reino.

La Iglesia debe hacer lo que el mundo se niega a hacer: reconocer la verdad y honrar a Dios poniéndola en práctica. La iglesia del Dios viviente es columna y baluarte de la verdad (**1 Timoteo 3:15**). Debemos honrar a Dios reconociendo y valorando este privilegio tan grande que tenemos.

Honrar a Dios significa mostrarle estima, respeto, reverencia, admiración, adoración, temor, alabanza, sumisión y obediencia a Su verdad eterna. Honrar a Dios implica adorarlo en todas nuestras actitudes, sentimientos y acciones. No podemos hacer esto sin depender del Espíritu Santo, por lo que es crucial mantener una profunda comunión con Él.

La esencia de lo que significa honrar a Dios se revela en las palabras con las cuales Jesús resumió toda la Ley: ***“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo”*** (Mateo 22:37 al 39). Notemos que honrar a Dios no puede limitarse a actuaciones externas ni a las reuniones dominicales.

Los hipócritas pueden honrar a Dios con palabras, pero sus corazones están lejos de Él (**Mateo 15:8 y 9**). Nosotros, como Su Iglesia, Su cuerpo, debemos manejar la verdad con total honestidad. Es cierto que no somos capaces por nosotros mismos, pero somos competentes en Cristo y debemos honrar esa incomparable posibilidad.

“Por medio de Cristo, confiamos en Dios cuando decimos esto. No queremos decir que nos creemos capaces de hacer algo gracias a nosotros mismos, pues Dios es quien nos da la capacidad para hacer todo lo que hacemos. Sólo Dios nos hace capaces de ser sus siervos del nuevo pacto que él ha hecho con su pueblo. Este nuevo pacto no está basado en una ley escrita, sino en el Espíritu, porque la ley escrita lleva a la muerte, en cambio el Espíritu lleva a la vida”.

2 Corintios 3:4 al 6 PDT



Capítulo dos

HONRAR A DIOS POR LA JUSTICIA

“Por lo cual eres inexcusable, oh hombre, quienquiera que seas tú que juzgas; pues en lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo; porque tú que juzgas haces lo mismo. Más sabemos que el juicio de Dios contra los que practican tales cosas es según verdad.

Romanos 2:1 y 2

El apóstol Pablo expone, en los primeros capítulos de su carta a los romanos, la triste condición de toda la humanidad, sin excepción. No va primero por la justificación divina, sino por la corrupción humana. Él advierte, que el justo juicio de Dios dejará a todos sin la capacidad de exponer vanas excusas respecto del mal. No importa si alguien se considera un ciudadano ejemplar, un gran empresario, un gobernante prestigioso, un deportista exitoso, o un artista famoso. Si alguien vive ofendiendo a Dios, llegará el día en que tendrá que dar cuenta de sus hechos (**Romanos 1:22 al 32**).

Muchos poderosos de la tierra se creen con la potestad de someter a las personas a su corrupción, de planificar guerras, o de dañar el planeta de manera impune. Esto lo vemos en naciones, en comunidades, en familias y aun en congregaciones sometidas a la manipulación de liderazgos abusivos. Sin embargo, todos los que viven fuera de Cristo, serán juzgados ante el Señor (**Salmo 9:19 y 20**).

Los que juzgan a otros, los que señalan pecados y profieren condenación sin considerar sus propios pecados, no tendrán excusas delante de Dios. Cuando vemos el sermón del monte, podemos considerar la advertencia del Señor contra el acto de pronunciar un juicio final contra otros (**Mateo 7:1 al 4**), puesto que el juicio le corresponde solo a Dios, porque solo Él conoce la profundidad de los corazones.

Lo que Pablo está diciendo es que debemos reconocer que todos los seres humanos, llegado el día, tendremos que dar cuentas ante el Juez de toda la tierra que nos juzgará por Su Verdad. Esto lo hace como contraste de lo que proyecta escribir en su carta a los romanos, respecto de la gracia y la justificación recibida en Cristo. Esto lo hace, porque no hay forma de entender la gracia soberana de Dios, si primeramente no tomamos consciencia de nuestra pecaminosa condición y nuestra incapacidad absoluta.

Vivimos en una época en la que estamos acostumbrados a excusarnos, por todo, a encontrar una razón que defienda nuestro incumplimiento a compromisos

adquiridos. Se justifica de un modo u otro la desobediencia, la falta de respeto, la falta de amor, la deshonestidad, la infidelidad, etc. Pero el gran día, no habrá excusas.

“¿Y piensas esto, oh hombre, tú que juzgas a los que tal hacen, y haces lo mismo, que tú escaparás del juicio de Dios? ¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento? Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios, el cual pagará a cada uno conforme a sus obras”.

Romanos 2:3 al 6

Esto es lo que hace precisamente todo aquel que no se somete a la revelación de la justicia de Dios por la fe en Cristo. Esto es lo que hace el gentil que vive en su paganismo, en su mente depravada; pero es también lo que hace el religioso que abraza una falsa seguridad y comienza a confiar en sus propias obras y no solamente en la justicia de Cristo.

En la época de Pablo, también había muchos religiosos judíos que se convertían al evangelio, pero que se creían justos, no solo por creer en la obra de Jesucristo, sino porque ellos aportaban su santidad, tratando de guardar la Ley y las tradiciones judías. Estos veían a todos los demás como despreciables pecadores y a los gentiles convertidos al cristianismo, como creyentes de segunda.

No les resultaba fácil a estos judíos, despegar de una consciencia formada en el entendimiento de su propia justicia. Lamentablemente, esto también les ocurre a muchos cristianos hoy en día, por eso Pablo pretende neutralizar ese veneno espiritual producido por la justicia propia.

Si queremos honrar a Dios, debemos reconocer a Jesucristo como nuestra única fuente de verdad y justicia. Nuestra falsa seguridad establecida sobre nuestras propias obras, es una afrenta al Señor.

Toda la Biblia nos enseña que Dios es bueno (**Salmo 73:1, Marcos 10:18**), y que Dios es paciente para con su pueblo. Él insiste en mostrar una disposición bondadosa para con los suyos, pero esto nunca debe entenderse como una debilidad de carácter en Dios, ni como una licencia para pecar, ni como una señal de mérito alguno en aquel que se beneficia de dicha bondad.

“Porque todos los que sin ley han pecado, sin ley también perecerán; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados; porque no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados. Porque cuando los gentiles que no tienen ley, hacen por naturaleza lo que es de la ley, éstos, aunque no tengan ley, son ley para sí mismos, mostrando la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos, en el día en que Dios juzgará por

Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio”.

Romanos 2:12 al 16

Pablo dice que si las naciones que no tienen la Ley, hacen por naturaleza lo que es de la Ley, muestran que está escrita en sus corazones. La ley de Dios contiene la esencia de Dios, porque habla de Su voluntad y Su santidad. Dios nos creó conforme a esa misma esencia; el problema es que la naturaleza pecaminosa corrompió nuestro estado.

Esa corrupción humana observa como algo normal al pecado, y como algo extraño o ajeno, al deseo de lo santo. Sin embargo, cuando la vida de Cristo nos alcanza, el Espíritu Santo, nos proporciona el querer de la voluntad divina; por consiguiente, la santidad se corresponde con nuestro ser. De manera que no necesitamos una ley exterior, porque interiormente tenemos la función de la ley escrita en nuestra naturaleza. Simplemente, debemos vivir conforme a ella.

La gracia nos otorga junto a la esencia divina una conciencia acorde a la voluntad de Dios. Nuestra conciencia es la que denuncia desde nuestro interior la convicción respecto de la verdad. Todo ser humano tiene una conciencia, pero nosotros recibimos la luz del Espíritu Santo para ver y comprender la voluntad de Dios.

Además de la vida del Espíritu Santo, contamos con nuestra conciencia que nos alerta y los razonamientos de nuestra mente amparados en el conocimiento de la verdad.

No debemos desestimar la dinámica de la vida espiritual que fluye en nosotros. No debemos pretender que la vida sea enmarcada dentro de los parámetros de la Biblia, sino permitir que el Espíritu Santo vivifique la Palabra, para comprender exactamente qué es lo que Dios desea de nosotros.

El apóstol Pablo explica esto, porque en la Iglesia del primer siglo, la influencia de los judíos era absoluta y de continuo trataban de filtrar la gracia con las obras de la Ley. Por un lado, tiene cierta lógica, porque Jesús era judío y el pueblo, en sí, llevaban miles de años exaltando la creencia monoteísta y la honra a la Ley divina. Ellos se creían pueblo santo, merecedores de sus privilegios por derecho propio, pero es obvio que estaban atrapados en la religiosidad y los judíos mesiánicos fueron claramente afectados por todo esto.

El problema de la religión que practicaban, no estaba en la Ley de Dios, sino en la hipocresía que conservaban, y eso también venía en los judíos convertidos. Es por eso que Pablo les habla sobre la Ley escrita en los corazones, no haciendo referencia a los mandamientos de Moisés aprendidos de memoria, sino a interpretar, en todo tiempo, la perfecta voluntad de Dios.

Los judaizantes enseñaban que, para que un cristiano estuviera realmente bien con Dios, debía ajustarse a la Ley mosaica. La circuncisión, especialmente, se promovía como necesaria para la salvación. Los gentiles tenían que convertirse en prosélitos judíos primero, y luego podían venir

a Cristo. La doctrina de los judaizantes era una mezcla de gracia a través de Cristo, y obras a través del cumplimiento de la Ley. Esta falsa doctrina fue discutida en el Concilio de Jerusalén, en **Hechos 15**, y condenada enérgicamente por el mismo apóstol Pablo en varias ocasiones.

“sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley nadie será justificado”

Gálatas 2:16

La Iglesia Católica Romana enseña una doctrina similar a la de los judaizantes del Nuevo Testamento de esta manera: su doctrina es una mezcla de la Ley sazonada por sus dogmas, y una gracia permisiva que difícilmente contempla la santidad de Dios.

Hoy en día, la mayoría de las personas no saben sobre las demandas de la iglesia católica romana, fundamentalmente porque la asocian con “el vale todo”, ya que nunca hacen hincapié sobre la voluntad de Dios, pero en el Concilio de Trento, en el siglo XVI, la iglesia católica negó explícitamente la idea de la salvación solamente por la fe. Los católicos siempre han sostenido que ciertos sacramentos son necesarios para la salvación.

Los problemas para los judaizantes del primer siglo eran la circuncisión, guardar el sábado y considerar algunas

otras demandas de la Ley. Las demandas de los católicos modernos son el bautismo, la comunión, la confesión, la caridad, etc. Las obras consideradas necesarias pueden haber cambiado, pero tanto los judaizantes como los católicos intentan merecer la gracia de Dios a través de la realización de obras y actos rituales.

Los judaizantes mantenían la Ley Mosaica como necesaria para la salvación; los católicos mantienen la tradición hecha por el hombre; ambos ven la muerte de Cristo como insuficiente sin la cooperación activa y continua del que se salva. El problema es que agregar algo a la obra que Cristo hizo para la salvación es negar la gracia de Dios. Somos salvos por la gracia del Señor, no por las obras de la Ley. El apóstol Pablo escribió: ***“No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo”*** (Gálatas 2:21).

La Biblia es clara en que el intento de añadir las obras humanas a la gracia de Dios pasa por alto el verdadero significado de la gracia, que es el favor inmerecido. Como dice Pablo: ***“Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia”*** (Romanos 11:6). Si deseamos honrar a Dios, debemos honrar Su justicia, sin pretensiones de generar nuestra propia justicia.

Esto no implica pasividad de nuestra parte, pero nuestras obras, no deben ser generadas para producir justicia, sino porque hemos recibido la justicia. No hacemos cosas

para ser justos ante Dios, sino que somos justos renacidos y por tal motivo, hacemos sobras de justicia.

“Pues no es judío el que lo es exteriormente, ni es la circuncisión la que se hace exteriormente en la carne; sino que es judío el que lo es en lo interior, y la circuncisión es la del corazón, en espíritu, no en letra; la alabanza del cual no viene de los hombres, sino de Dios”.

Romanos 2:28 y 29

La religión es vanidad porque carece de la realidad interior del espíritu. El apóstol Pablo nos enseña que todo lo que somos, todo lo que hacemos y todo lo que tenemos, debe provenir de la vida del Espíritu. No se puede honrar a Dios a través de simples acciones carnales. No porque Dios desprecie nuestra carne, sino porque tales acciones no expresan la verdad.

Lo que no se hace de corazón solo es cáscara vacía. La canción, sin adoración verdadera, solo es música, pero no hay honra para Dios en eso. La ofrenda, sin revelación, solo es recaudación de dinero, y eso tampoco es honra. El estudio de la Biblia, sin la impartición del Espíritu Santo, solo es enriquecimiento intelectual, pero tal cosa no posee vida.

Si alguien es judío y dice estar circuncidado, tal situación, no contribuye en nada a su vida con Cristo; ante esto, lo que necesita es que la circuncisión sea la del corazón. Si alguien dice ser cristiano porque se bautizó, o porque está participando de las reuniones de una congregación, tal

situación tampoco significa nada, si la vida de Cristo no está operativa en ellos.

Un budista puede pasar largos tiempos de meditación, un musulmán puede orar cinco veces al día, un testigo de Jehová puede predicar casa por casa, un mormón puede congregarse a cantar canciones, pero un cristiano verdadero tiene que haber recibido la vida de Cristo, y a través de esa vida espiritual y verdadera producir todo lo demás. Cuando la vida no está, nada es aceptable para Dios.

Las obras muertas son perversas, simplemente porque nos pueden hacer pensar que son aceptables, pero en realidad, solo nos alejan de Dios. Creer que podemos ser buenos sin la vida de Cristo es algo que desagrada al Padre. Es decir, nuestra vida puede estar llena de buenas obras a los ojos de los hombres, pero estas obras no son necesariamente buenas a los ojos de Dios. Lo que necesitamos es asegurarnos que la fuente de toda acción sea Jesucristo mismo.

Desafortunadamente, muchos han sido engañados por un liderazgo que les ha enseñado que el evangelio es lo que están haciendo y no primeramente lo que son. Nuestras acciones deben ser el resultado de lo que somos y nunca al revés. Todo fruto es el resultado de la vida y nunca al revés. Reitero este punto: Nosotros no podemos hacer buenas obras para ser santos, sino que por causa de que somos santos, debemos a producir buenas obras.

Sin la vida de Cristo, toda obra es muerta, y toda justicia humana, ante Dios, solo es como trapos de inmundicia (**Isaías 64:6**). Aparte de Cristo, nuestra conciencia y nuestras manos están sucias. Nuestros intentos de adoración solo serán obras muertas. Necesitamos la vida de Cristo, porque solo Su vida puede producir verdadera honra para el Padre.

Si actuamos en nuestro espíritu, en realidad actuamos juntamente con Dios. Si no tenemos la vida de Cristo, todo es vanidad. Por lo tanto, debemos volvernos a nuestro espíritu, porque nuestro espíritu es el órgano por medio del cual Dios puede tocarnos, y nosotros podemos tocar a Dios. Es donde experimentamos la verdadera comunión con el Espíritu Santo. Todo lo que somos y todo lo que hacemos debe provenir de la vida, y la verdadera vida solo es Cristo (**1 Juan 5:12**).

“Y si nuestra injusticia hace resaltar la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿Será injusto Dios que da castigo? (Hablo como hombre.) En ninguna manera; de otro modo, ¿cómo juzgaría Dios al mundo?”

Romanos 3:5 y 6

En el día del juicio se encontrará que Dios es veraz y que todo hombre es mentiroso. Pero esta segunda objeción conduce a otra más, que también es respondida por el apóstol Pablo: Si nuestra injusticia felicita la justicia de Dios, ¿qué diremos? Si el pecado del hombre hace que la santidad de

Dios sea más ilustre, ¿qué diremos? ¿Será injusto Dios que da castigo?

Esto lo dijo Pablo, ocupando el lugar de la simpleza humana, tal como si fuera un simple hombre carnal. Sin duda, lo hace para exponer los razonamientos equivocados, porque ciertamente Dios juzgará al mundo; y diría que hay juicios contra las naciones ya ejecutados, y registrados en diferentes páginas de la historia. Si Dios fuera injusto, ¿cómo podría juzgar el mundo?

El juicio de Dios sobre el mundo silenciará para siempre todas las dudas y especulaciones sobre Su justicia. La maldad y la obstinada incredulidad de los judíos, a pesar de los continuos favores de Dios, y los beneficios otorgados para que ellos pudieran ser ejemplo, nos demuestran claramente la necesidad que tenemos todos los hombres, de alcanzar la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo. No importa cuanto lo intentemos, somos incapaces del satisfacer las demandas de un Dios Santo.

Quienes hemos recibido la gracia de la regeneración, podemos decir que nuestra justicia no solo es la justicia de Cristo, sino Cristo mismo. Es la persona de Cristo, y no el solo atributo de Su justicia, lo que nos hace justos ante Dios (**1 Corintios 1:30**). Parece un pequeño detalle, pero desde la revelación del Nuevo Hombre, no debemos decir que la justicia de Cristo ha llegado a ser nuestra justicia, sino que Cristo mismo es nuestra justicia, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él (**2 Corintios 5:21**).

“Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda, No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”.

Romanos 3:10 al 12

Esta es la condición de todos los hombres, por eso accedemos al evangelio por regeneración y no por cambio. La gente que conoció nuestro pasado y que nos conoce ahora, practicando la fe, podrá decir que hemos cambiado, y está bien porque apreciarán los frutos, pero nosotros debemos saber que lo que están viendo no es un cambio de conducta, sino un cambio de vida.

El diseño del Nuevo Pacto, no contempla educar a pecadores, sino perfeccionar a los santos renacidos. Nuestra vieja naturaleza no tiene remedio, y es incapaz de cambiar su esencia. Es por eso que el Señor, nos otorga Su propia vida, que es la verdadera justicia. Con esto no estoy diciendo que Cristo nos dio su justicia; tal presunción es absurda. El único justo ante el Padre sigue siendo Él, y nosotros somos en Él; esa es la gracia.

La justicia de Cristo está en Él, no en nosotros. No podemos ser revestidos de Su justicia, sino de Su persona (**Gálatas 3:27**). Cristo mismo ha venido a ser nuestra justicia y es por ello que debemos honrarlo. La justicia de Dios es Dios mismo. Nosotros fuimos puestos en Cristo, fuimos hechos uno con Él (**1 Corintios 6:17**). De esta manera,

llegamos a ser la justicia de Dios. ¿Cómo no honrar al Dios que nos concedió semejante gracia?

“Más por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito: El que se gloria, gloríese en el Señor”.

1 Corintios 1:30 y 31



Capítulo tres

HONRAR A DIOS A TRAVÉS DE LA FE

“¿Qué, pues, diremos que halló Abraham, nuestro padre según la carne? Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios. Porque ¿qué dice la Escritura? Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia. Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia”.

Romanos 4:1 al 5

La inclusión del ejemplo del patriarca Abraham en la carta de Pablo a los romanos tenía como objetivo confrontar las perspectivas judías respecto al evangelio. Consideremos su enseñanza sobre la pecaminosidad del ser humano, la función de la Ley, Cristo como justicia y la gracia otorgada.

Pablo sabía que los judíos levantarían objeciones contra su enseñanza, por eso les menciona a Abraham, a

quien los judíos admiraban y honraban profundamente, considerando a este patriarca como el padre de la nación.

Todos conocían muy bien los detalles de la historia de Abraham, tanto sus aciertos como sus errores, pero lo que más pesaba eran las palabras de la Torá, que afirmaban de manera contundente que Abraham le creyó a Dios, y que esa fe le fue contada por justicia (**Génesis 15:6**).

Esto generaba un marcado contraste con la observancia de la Ley, ya que los judíos sabían que si alguien lograba cumplir con las exigencias de la Ley, obtendría una recompensa prometida, considerada como una deuda o un derecho legal del obediente. Sin embargo, este no fue el caso de Abraham, pues su fe le fue contada por justicia.

Los hijos de Dios no somos salvos por fe, sino por gracia. La fe es un medio otorgado para acceder a los beneficios de la gracia (**Efesios 2:8 y 9**). La fe no nos justifica como parte, pequeña o grande, de una justicia propia. La gracia solo es el medio designado para unirnos a Aquel que es la Justicia de Dios, es decir, Cristo.

Como hemos visto, la gracia de Dios es Su favor inmerecido, otorgado a quienes Él eligió y llamó a través de Su amor (**Efesios 2:4 y 5**). Los judíos, marcados por la Ley entregada en el pacto mosaico, no deben olvidar que la esencia misma de la nación fue la gracia. Adán fue creado por gracia, y Abraham, aun en su condición pecaminosa, fue llamado por la gracia del Señor.

La virtud de Abraham no fue su justicia, sino su fe. Él nunca fue llamado el padre de la justicia, sino el padre de la fe. En realidad fue su fe, la que le fue contada por justicia (**Romanos 4:3 al 5**). Esto no significa que él haya sido contado como un hombre justo por causa de sus obras. Todos necesitamos ser justificados por la gracia de Dios, mediante la redención que es en Cristo Jesús, incluso Abraham (**Romanos 3:24**). Y en nuestro caso, además de ser justificados, recibimos por la misma gracia, una medida de fe para obtener las riquezas del Reino.

Al ser justificados, somos vindicados y considerados sin pecado ante los ojos de Dios, algo que simplemente debemos creer por fe. No importa cuán diligentemente persigamos las obras para ganar el favor de Dios; fracasaremos, pues nuestro pecado nos hace tropezar cada vez. Por eso Pablo escribió: ***“Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de Él”*** (**Romanos 3:20**). Lo único que necesitamos es creer.

El medio que Dios ha elegido para otorgarnos Su gracia es la fe, pero incluso la fe no es algo que generamos por nuestra cuenta. Todo nos es otorgado por gracia divina, pero el acceso a ese “Todo”, es la fe, por eso Dios nos ha otorgado una medida a cada uno (**Romanos 12:3**). Él nos otorga la fe y la gracia salvadora para redimirnos del pecado y librarnos de sus consecuencias. Así, Dios nos salva por Su gracia a través de la fe que nos da. La Palabra es clara respecto de que ***“La salvación es del Señor”*** (**Salmos 3:8**).

Tener fe, es lo que nos permite creer que Dios envió a Su Hijo, Jesucristo, a morir en la cruz, para proporcionarnos la salvación que nadie podría haber logrado por sus propias obras. Jesús, como Dios hecho carne, es el único **“Autor y consumidor de la fe”** (Hebreos 12:2).

Así como un artista pinta un cuadro desde cero y luego firma su obra, Jesucristo escribió la historia de nuestra redención desde el principio hasta el fin, y firmó Su obra maestra con Su propia sangre. Él murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación, y solo debemos creerlo por la fe. Este es el significado de la salvación por gracia a través de la fe.

Todo fue hecho por Él y para Él; incluso la fe. Él es el autor y Él mismo la otorga, no hay virtud en nosotros para creer. Por eso, podemos y debemos honrar a Dios con la fe que hemos recibido. Debemos creer en Su obra completa y actuar a través de Él. Entonces, por medio de la comunión del Espíritu Santo y la revelación de la Palabra debemos hacer que la fe se desarrolle.

La virtud de Abraham fue haber creído en palabras que lo comprometían de manera absoluta. Por eso, su historia es un ejemplo de obediencia. Aunque cualquiera podría señalar sus errores, el pacto que él vivió, no tenía las virtudes del Pacto que nosotros vivimos en Cristo. Si Abraham pudo honrar a Dios con un pacto tan humanamente limitado, ¡Cuánto más deberíamos nosotros honrar a Dios con nuestra fe, ya que el sello del Espíritu Santo en nuestra santificación,

al hacernos nuevas criaturas, es la evidencia interior de la justicia de la fe!

“Como también David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras, diciendo: Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos. Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado. ¿Es, pues, esta bienaventuranza solamente para los de la circuncisión, o también para los de la incircuncisión? Porque decimos que a Abraham le fue contada la fe por justicia”.

Romanos 4:6 al 9

El argumento de Pablo vuelve a centrarse en Abraham para ilustrar que la justificación es universal. Dado que David había hablado de la dicha del hombre que, viviendo bajo la Ley, había sido perdonado, la respuesta del judío habría sido que David estaba circuncidado, y que solo los circuncidados podrían disfrutar de esa satisfacción (**Romanos 4:6 al 8**).

Por esta razón, Pablo recurre a Abraham para demostrar que el patriarca fue justificado antes de la llegada de la Ley, incluso antes de ser circuncidado. En el versículo **10** de este capítulo **4** leemos: ***“¿En qué circunstancias le fue acreditada? ¿Estaba ya circuncidado o aún no? No estaba circuncidado, sino que aún no lo estaba”.***

Dios le había hecho una promesa a Abraham, y él creyó que Dios la cumpliría mucho antes de que se

estableciera un pacto, salvo lo que Dios había dicho que haría. Abraham recibió la circuncisión tiempo después, como un sello de la aprobación de Dios. Esto muestra que Dios ya lo había aprobado debido a su fe, y no por el acto de circuncisión que los judíos insistían en implementar en la Iglesia.

Fue la fe de Abraham la que lo constituyó como el padre de la fe, aunque al principio no estaba circuncidado. Dios aprueba a todos los que tienen fe, porque el autor de la fe es Cristo. Abraham también es el padre de los que están circuncidados, pero solo de aquellos que, además de su circuncisión, siguen el ejemplo de la fe que Abraham demostró antes de ser circuncidado.

Aunque pueda parecer confuso, no lo es. Las promesas que se nos otorgan a través de Abraham se establecieron en la realidad de la fe, no de la circuncisión. Por eso, los descendientes a través de la simiente que es Cristo recibimos la promesa de heredar el mundo, no por cumplir con la Ley, sino porque Dios los aprobó por su fe **(Romanos 4:13)**.

Dios hizo esa promesa a Abraham mucho antes de la introducción de la circuncisión, y él simplemente creyó en Dios. Tomó en serio Sus palabras y Sus promesas, demostrando con sus hechos que había creído.

“Porque si los que son de la ley son los herederos, vana resulta la fe, y anulada la promesa. Pues la ley produce ira; pero donde no hay ley, tampoco hay transgresión.

Por tanto, es por fe, para que sea por gracia, a fin de que la promesa sea firme para toda su descendencia; no solamente para la que es de la ley, sino también para la que es de la fe de Abraham, el cual es padre de todos nosotros”.

Romanos 4:14 al 16

El apóstol Pablo deja en claro que la promesa que el Señor les hizo a Abraham y a su descendencia, respecto a que él sería el heredero del mundo, no fue a través de la Ley, sino por la justicia de la fe. Los cristianos judíos del primer siglo, que tanta presión ejercieron en la Iglesia, debían comprender que, si solo los que son de la Ley son los herederos, la fe sería anulada y la promesa quedaría sin efecto.

La característica de la Ley es que produce juicio, porque donde no hay Ley, tampoco hay transgresión. El punto central del argumento de Pablo es que el principio de la Ley es esencialmente diferente del que justificó a Abraham, y que, por lo tanto, el Nuevo Pacto y la revelación de la fe, deben entenderse en el cumplimiento de la promesa que se le hizo a él y a su descendencia.

La Ley simplemente declara lo que es correcto y demanda su cumplimiento, pero no otorga el poder para obedecer ni proporciona expiación ante la desobediencia. Al final, como nadie puede cumplirla de manera absoluta, solo genera la manifestación de la ira de Dios.

Quien intente vivir por la Ley y transgreda tan solo uno de sus mandamientos es culpable de toda la Ley (**Santiago 2:10**). Por lo tanto, era un grave error la actitud de los judaizantes del primer siglo, y es aún más absurda en aquellos que, hoy en día, afirman haber recibido la nueva vida en Cristo, pero a la vez intentan obtener su propia justicia ante Dios.

Sé que este concepto puede parecer reiterativo, pero la verdad es que ha causado, y sigue causando, mucho daño entre los cristianos. El problema no radica en que algunos se esfuercen por guardar la Ley; eso, en sí mismo, no es algo que provoque daño a otros. Lo que está mal es que intentan imponer sus normas a los demás hermanos, y peor aún, con esa actitud religiosa no pueden honrar la vida de Cristo.

Pensar que podemos alcanzar la justicia con nuestras propias obras es como decir que la obra de Cristo fue en vano. Si deseamos honrar a Dios, debemos tener fe en Él, no en nosotros mismos. La declaración “¡Tú puedes lograrlo!” solo motiva el alma, y puede ser útil para aquellos que no han recibido la regeneración. Nosotros, los hijos de Dios, todo lo podemos en Cristo (**Filipenses 4:13**), pero fuera de Él, nada podemos hacer (**Juan 15:5**).

Las referencias a Abraham en el Nuevo Testamento no pretenden reivindicar al pueblo de Israel como superior a los gentiles convertidos. El Nuevo Pacto es el Nuevo Hombre, que es Cristo manifestado a través de todos los santos renacidos. No es la expresión de una religión ni de una nación

terrenal, sino que es espiritual: Simplemente, es la nación celestial viviendo en estado de gracia y a la espera de todo lo perfecto.

El Nuevo Hombre no necesita nuestras capacidades personales, sino las capacidades y virtudes de Cristo. No demanda nuestras fuerzas, sino nuestra entrega, para que sea la vida del Espíritu en nosotros, la que produzca el querer y el hacer por Su buena voluntad (**Filipenses 2:13**). No somos nosotros los que hacemos algo para Dios, sino que es Cristo mismo quien lo hace todo a través de nosotros y para la gloria del Padre.

Si queremos honrar al Padre, no debemos tener fe en nosotros mismos, sino en la persona de Cristo. Debemos ser conscientes en todo momento, de que nosotros, no podríamos ni siquiera haber entendido el evangelio. Mucho menos habernos salvado a través de algunas obras. No podemos hacer absolutamente nada agradable ante el Padre, sino por la vida de Cristo que opera en nosotros.

Pablo escribió que Abraham es padre de todos nosotros (**Romanos 4:16**), porque la simiente prometida es Jesucristo, y nosotros vivimos en Él. Para llegar a la perfecta comprensión de esto, debemos saber que Cristo, como Hijo de Dios, es el unigénito eterno y preexistente. Por diseño del Padre, Cristo se hizo hombre, encarnando como Jesús, nacido como judío en los días del rey Herodes. Lo cual no implica que nos haya convertido en judíos a nosotros, esa fue su nacionalidad como Hijo de los hombres.

La frase “Hijo unigénito” se encuentra en **Juan 3:16**, dicha por el mismo Jesús: ***“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna”***. La palabra “unigénito” se traduce del griego “*monogenes*”, que puede interpretarse no solo como unigénito, sino también como “único” o “el único”.

Esto es importante porque algunos eruditos han intentado usar esta frase para argumentar que Jesús es un ser creado, ya que solo alguien que ha tenido un principio en el tiempo puede ser unigénito. Sin embargo, no advierten que unigénito es una traducción castellana de “*monogenes*”, que significa "único".

Términos como “Padre” e “Hijo”, que describen a Dios y a Jesús, son expresiones humanas utilizadas para ayudarnos a entender la relación entre las diferentes Personas de la Trinidad. Si podemos comprender la relación entre un padre y un hijo humanos, entonces seremos capaces de captar, en parte, la relación entre la Primera y la Segunda Persona de la Trinidad. De hecho, esta clasificación de primera, segunda y tercera persona, es solo otra construcción humana, y muy limitada, para intentar comprender la verdad contenida en Dios.

El Hijo unigénito, o único Hijo de Dios, se hizo hombre en Jesús, murió por nosotros y resucitó para darnos vida, convirtiéndose en el primogénito entre muchos hermanos (**Romanos 8:29**). Ahora somos muchos hijos, pero

uno solo en Él. Por eso, el autor de la carta a los Hebreos se refiere a la congregación de los “primogénitos” inscritos en los cielos (**Hebreos 12:23**).

En el Nuevo Pacto, el Nuevo Hombre es Cristo, y nosotros estamos en Él (**Hechos 17:28**). Cristo no nos hizo judíos, pero Él, como judío, nació como la simiente prometida y como heredero de las promesas hechas a Abraham. Nosotros vivimos en Él; es por eso que tenemos un Pacto, tenemos dones, talentos, capacidades, virtudes, frutos y herencia. Es Él, y nosotros en Él. Fuera de Cristo, no hay nada y nada podemos hacer.

Si queremos honrar a Dios, debemos honrar a Cristo por Su obra y comprender Su expresión a través de nosotros. Cuando nos ponemos en un rol en el que llegamos a considerar que somos nosotros quienes hacemos algo para Dios, no estamos entendiendo el Pacto, ni la dinámica de la vida del Nuevo Pacto, que solo se expresa por fe.

Ese es el mal que ha producido la religiosidad. Muchos hermanos han caído en este error, no por culpa suya, sino debido a algunos líderes religiosos que, aunque en algunos casos obren sin malas intenciones, adulteran la verdad para lograr control sobre la gente, intimidándolos para que hagan lo que ellos quieren, sin considerar que eso de ninguna manera puede honrar a Dios.

En la carta a los Romanos, Pablo se esfuerza en dejar claro la incapacidad humana, la necedad de nuestros

razonamientos y la vanidad de nuestros esfuerzos. Lo hace para que todos los cristianos comprendamos que estamos absolutamente descalificados para agradar a Dios, y vivir el evangelio por nosotros mismos. Todo lo que recibimos, todo lo que somos y todo lo que podemos hacer es por Cristo, en Cristo y para la gloria de Cristo.

Es por esto que Pablo incluye a Abraham en su argumentación: porque actuó antes de que la Ley fuera dada a Moisés, por las promesas que recibió y que aún no se han cumplido por completo, y por la fe, que es la dinámica en la que debe desarrollarse el Nuevo Pacto. Es por esto, que si deseamos honrar a Dios, debemos activar la fe y procurar desarrollarla.

El Señor le había dicho a Abraham que su simiente sería como las estrellas del cielo y como el incontable polvo de la tierra, y le dijo que en él, todas las naciones de la tierra serían bendecidas. En consecuencia, lo recibido por el patriarca, y la certificación de esto por medio de los profetas, implica un cumplimiento final que va más allá de la expresión de la Iglesia. La consumación de tal plenitud solo podrá ser manifestada en la segunda venida del Señor y Su dominio universal.

Pablo no consideró necesario probar lo que los judíos ya entendían. La única diferencia entre su punto de vista y el de ellos, era que él interpretaba los hechos de manera espiritual, mientras que los judíos seguían observando todo

de manera natural, poniendo un claro énfasis en la restauración de Israel como nación.

“como está escrito: Te he puesto por padre de muchas gentes delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen”.

Romanos 4:17

El Señor le cambió el nombre a Abram, que significaba “padre exaltado” y lo llamó Abraham, que significa “padre de multitudes”. Dios es el que puede llamar las cosas que no son como si fuesen, y nuestra fe, al igual que la fe de Abraham, es creer a lo que Dios dice, no lo que nosotros podemos estar deseando.

Pablo no estaba enseñando que nosotros podemos llamar a las cosas como deseamos, sino que Dios es el que llama las cosas conforme a Su voluntad. Nuestra fe, implica no hablar lo contrario, sino caminar conforme a los dichos de Dios. Ciertamente esto puede no ser muy fácil, porque las realidades pueden ser contrarias, pero Abraham nos enseñó a honrar a Dios, y este es nuestro tiempo.

“El creyó en esperanza contra esperanza, para llegar a ser padre de muchas gentes, conforme a lo que se le había dicho: Así será tu descendencia. Y no se debilitó en la fe al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara. Tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios,

plenamente convencido de que era también poderoso para hacer todo lo que había prometido; por lo cual también su fe le fue contada por justicia. Y no solamente con respecto a él se escribió que le fue contada, sino también con respecto a nosotros a quienes ha de ser contada...”

Romanos 4:18 al 24

¿Qué podemos aprender de Abraham para honrar a Dios con fe? En primer lugar, debemos creer en esperanza contra esperanza. Esto significa que, cuando una esperanza parece desvanecerse debido a las dificultades, debemos renovar nuestra confianza en las promesas de Dios, manteniendo viva la esperanza, incluso en medio de la adversidad.

En segundo lugar, no debemos debilitarnos en la fe al considerar la realidad presente. Es probable que, en algún momento, la situación que enfrentemos, no refleje la visión que hemos cultivado en nuestro corazón, conforme a las palabras que hemos recibido de Dios. En esos momentos, debemos resistir la tentación de caer en la debilidad, recordando que el gozo del Señor es nuestra fortaleza (**Nehemías 8:10**).

En tercer lugar, no debemos dudar por incredulidad. Aquellos que dudan son como las olas del mar, arrastradas por el viento y lanzadas de un lado a otro. Estos no pueden recibir nada del Señor (**Santiago 1:6 y 7**). Debemos expulsar las dudas purificando nuestros corazones (**Santiago 4:8**),

aferrándonos firmemente a la Palabra que hemos recibido de Dios (**Filipenses 2:16**).

En cuarto lugar, debemos fortalecernos en la fe, dando gloria a Dios. Cada vez que nuestra esperanza parezca desvanecerse, cuando las debilidades nos asedien y las dudas nos ataquen, debemos fortalecernos proclamando en alta voz, toda la gloria y el honor a nuestro poderoso Dios.

Estas actitudes de fe no solo fueron evidentes en Abraham, sino que Pablo nos recuerda que fueron escritas para nuestro beneficio, para quienes hemos creído en aquel que levantó de los muertos a Jesús, nuestro Señor, quien fue entregado por nuestras transgresiones y resucitado para nuestra justificación (**Romanos 4:24 y 25**). La vida puede ser difícil en ocasiones, y tanto las realidades naturales como las hostilidades espirituales, pueden conspirar contra la verdad que hemos recibido en nuestro corazón.

Sin embargo, una fe ardiente y una actitud decidida son nuestra mayor expresión de honra hacia Dios.

“Señor, tú eres mi Dios; te exaltaré y alabaré Tu nombre porque has hecho maravillas. Tus planes son fieles y seguros”.

Isaías 25:1 NVI

Capítulo cuatro

HONRAR A DIOS POR SU GRACIA

“En consecuencia, ya que hemos sido justificados mediante la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. También por medio de él, y mediante la fe, tenemos acceso a esta gracia en la cual nos mantenemos firmes. Así que nos regocijamos en la esperanza de alcanzar la gloria de Dios”.

Romanos 5:1 y 2

Reitero que en el Reino, todo nos es otorgado por gracia, pero podemos recibirlo por medio de la fe. Hemos visto la importancia de honrar a Dios a través de la fe en la obra y la persona de Jesucristo, porque todo lo que no proviene de fe es pecado (**Romanos 14:23**).

Por medio de Cristo, y mediante la fe que Dios mismo nos ha otorgado, tenemos acceso a la gracia que nos permite, mantenemos firmes en las arras recibidas, y en la esperanza de la gloria de Dios que veremos y que viviremos cuando lo perfecto sea manifestado con plenitud.

“Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”.

Romanos 5:3 al 5

Esto es fantástico, porque Pablo no solo plantea los beneficios recibidos en Cristo, y la gloria venidera de lo que vendrá, sino que también considera como gloriosas las tribulaciones que estaban viviendo en el primer siglo. Recordemos que en varias ciudades, la persecución al cristianismo era despiadada y mortal.

Resulta muy aleccionador que el apóstol asocie tres palabras con las dificultades. Una es la alegría con que nos gloriamos, otra es la esperanza, y la tercera es la paciencia. De alguna manera, es como si Pablo nos estuviera enseñando que las adversidades son capaces de sacar a la luz, lo mejor o lo peor de nuestras vidas de fe.

Jesús enseñó que somos como pámpanos y que debemos permanecer en Él, para ser limpiados y preparados para dar fruto (**Juan 15:2**). Lo que debemos comprender es que el que nos limpia no es el diablo, sino el mismo Señor. Lo que sí puede hacer Satanás, es generar aflicciones, pero, aun así, es necesario que Dios las permita. Por eso Pablo, no menciona al diablo, sino la gloria de Dios.

Si comparamos la Iglesia de hoy en día, con la de otros siglos más violentos, diríamos que se encuentra en una cómoda situación, sin problemas tan frontales como los vividos anteriormente, pero es claro que la vemos diluida y sin el poder espiritual que debería estar manifestando. Es cierto también, que podemos tener paciencia respecto de esto, pero es fácil tenerla cuando nos encontramos cómodos. Esa paciencia no produce otras pruebas, ni gloria espiritual, sino más bien mayor pasividad.

Puede que estemos felices, que tengamos paz y parezcamos llenos de esperanza. Pero esa no es la experiencia más efectiva para la expresión de Cristo. Aclaro esto, no me gustan las tribulaciones, no me gusta el quebranto producido por la aflicción, pero la clara evidencia en la Iglesia, es que las tribulaciones producen en nosotros un mayor y enorme peso de gloria (2 Corintios 4:17).

El mismo apóstol Pablo escribió: ***“Y vosotros vinisteis a ser imitadores de nosotros y del Señor, recibiendo la palabra en medio de gran tribulación, con el gozo que da el Espíritu Santo”*** (1 Tesalonicenses 1:6). También el apóstol Pedro escribió lo siguiente: ***“Para que, sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro (el cual aunque perecedero se prueba con fuego) sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo”*** (1 Pedro 1:7).

Las dificultades no vienen para debilitar nuestra fe, sino para probarla y hallarla en alabanza, gloria y honra

delante del Señor. Aquí vemos que honramos la vida en Cristo, cuando nuestra fe supera dificultades. La pregunta sería: ¿Por qué la podemos asociar con la gracia? Porque las tribulaciones no son desgracias, son el resultado de los diseños divinos, y aunque no lo podamos comprender fácilmente, hay gracia en todos Sus diseños.

El apóstol Pablo se gloriaba en las tribulaciones, y no permitía que lo cuestionaran por las dificultades que había sufrido, o estaba enfrentando momentáneamente. Por ejemplo, les preguntaba a los corintios: ¿Son servidores de Cristo? Y luego contestaba: Yo lo soy más todavía, porque he tenido que trabajar más que los demás, he estado preso muchas veces, me han azotado con látigos, y he estado en peligro de muerte en varias ocasiones.

Pablo dijo: Cinco veces las autoridades judías me han dado treinta y nueve azotes con un látigo. Tres veces las autoridades romanas me han golpeado con varas. Una vez me tiraron piedras. En tres ocasiones se hundió el barco en que yo viajaba. Una vez pasé una noche y un día en alta mar, hasta que me rescataron. He viajado mucho. He cruzado ríos arriesgando mi vida, he estado a punto de ser asaltado, me he visto en peligro entre la gente de mi pueblo y entre los extranjeros, en la ciudad, en el campo, en el mar y entre falsos hermanos de la iglesia.

He trabajado mucho, y he tenido dificultades. Muchas noches las he pasado sin dormir. He sufrido hambre y sed, y por falta de ropa he pasado frío. Por si esto fuera poco, nunca

dejo de preocuparme por todas las iglesias. Me enferma ver que alguien se enferma, y me avergüenza y me enoja ver que se haga pecar a otros. Si de algo puedo estar orgulloso, es de lo débil que soy (2 Corintios 11:23 al 30).

Pablo consideraba que las dificultades dejaban en claro su debilidad, pero esa debilidad era la que podía manifestar el verdadero poder de Dios en él, por eso escribió: ***“Por lo cual, por amor a Cristo me gozo en las debilidades, en afrentas, en necesidades, en persecuciones, en angustias; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte”*** (2 Corintios 12:10). ¡Esto es una manifestación de la gracia divina, y debemos honrar a Dios observando nuestras situaciones adversas de la misma manera!

Necesitamos aprender a separar los pensamientos que brotan del amor a nosotros mismos. El ego es un claro enemigo de la gracia divina y sin duda limita su expresión. Cuando enseñemos y seamos capaces de dejar de lado nuestros propios pensamientos, entraremos en la senda del camino correcto, para que la gloria del Señor sea manifestada.

He podido comprobar, con vergüenza, que en mis procesos personales, siempre ha sido mi “yo” el que me produce el máximo efecto del dolor. No son las situaciones en sí mismas, sino mi propio amor personal. Por lo tanto, puedo decir que cuanto más me he amado y he tratado de defenderme de las injusticias, más dolor me he causado.

Jesús no nos ha enseñado a ser víctimas, sino vencedores responsables. Él dijo que si queremos ser dignos de Él, debemos tomar la cruz y seguirlo. Dijo que si nos aferramos a nuestra vida, la terminaremos perdiendo, pero si la perdemos voluntariamente, la encontraremos de verdad **(Mateo 10:38 y 39)**. En otras palabras, si queremos honrar la gracia recibida en Cristo, necesitamos tomar nuestra cruz, amando más a Dios que a nuestras propias vidas.

La cruz produce muerte, y los muertos no pueden sufrir. Si como hijos de Dios, vamos por el camino de la muerte, transitaremos el camino de la resurrección. Una Iglesia que sabe pasar por la muerte, se vuelve invencible y es a lo que tiene miedo Satanás. Los líderes de hoy, debemos enseñar este camino, no alimentar el ego y los caprichos del alma.

A nadie le gusta el quebranto y los hijos de Dios, no somos una excepción de esto. No voy a ser hipócrita con esto, si el Padre puede pasar de mí toda aflicción, deseo que lo haga. Sin embargo, también sé muy bien que Su camino no contiene solo rosas, sino también espinas. Por lo tanto, lo mejor que podemos hacer, es no tratar de escapar, porque en los intentos de huir, salimos mucho más lastimados, y sufrimos mucho más.

Lo que digo no es fácil, pero debemos soportar pacientemente las pruebas que nos sobrevienen. Dios nunca está ajeno de nada de lo que nos ocurre. Si en lugar de defendernos, nos abandonamos a la cruz que Dios propone

cada día, la vida de Cristo se manifestará impactando nuestro entorno.

La gran mayoría de los cristianos de hoy, están cayendo en los afanes de la vida, algo que Jesús advirtió de manera insistente (**Mateo 6:34**). Muchos se han vuelto tan ocupados, que no tienen tiempo para detenerse silenciosamente en la presencia del Señor. Dos fuerzas muy poderosas los impulsan, por un lado, desean alcanzar el éxito personal y, por el otro, huyen desesperadamente de toda prueba que procure acecharlos.

La verdad es que el exceso de toda actividad y la obstinación solamente sirven para aumentar la angustia y la confusión. Dios mismo nos prepara la cruz que debemos aceptar humildemente, sin pretensiones de conservación personal. Recordemos que las tribulaciones producen paciencia, la paciencia, prueba; la prueba, esperanza; y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado (**Romanos 5:3 al 5**).

Debemos someternos pacíficamente a la voluntad de Dios y soportar los sufrimientos sin luchar para evitarlos, sino fortaleciéndonos en Dios para avanzar, honrando a Dios por Su gracia. No hay nada que suavice tanto el dolor, como un corazón manso y humilde, que no resiste los caminos que ha preparado el Señor.

No debemos rechazar la obra que el poder de la cruz podría realizar en nosotros, porque si lo hacemos, nos veremos en la inevitable necesidad de pasar por el mismo terreno una y otra vez. Peor aún, vamos a sufrir mucho más negándonos a la prueba que rindiéndonos a ella. Esto es necesario aprenderlo, porque no se vienen tiempos fáciles para la Iglesia y debemos aprender a consumirnos en la gracia del Señor.

“La esperanza no nos defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado”

Romanos 5:5 NVI

Este amor de Dios derramado en nuestros corazones, al que Pablo hace referencia, no es nuestro amor por Dios, sino del amor de Dios para con nosotros. Y este amor de Dios se ha hecho real por el Espíritu Santo que nos ha sido dado. Si con la vida del Espíritu Santo obrando en nuestros corazones, no reconocemos la gracia, es porque no hemos entendido el Pacto en el que fuimos introducidos.

Pablo dijo que esta esperanza nunca nos defraudará, ni nos traicionará, y tampoco nos causará vergüenza, porque en el mismo tiempo de la persecución, el amor de Dios es manifestado en nuestro interior por medio del Espíritu Santo. Entender esto es clave, no solo para ser fortalecidos, sino porque desde el mismo Espíritu nos será impartido el poder para la vida.

“Más Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira.”.

Romanos 5:8 y 9

La crucifixión separó a Jesucristo del Padre, pero solo para unirlo de manera eterna, porque fue probada Su justicia. En su muerte fuimos justificados por Su sangre perfecta, y de esa manera seremos librados de la ira anunciada (**Sofonías 1:15**). Puede que hoy en día, veamos sobre las naciones, un gran avance de las tinieblas; sin embargo, podemos vivir confiados que, a pesar del estado parcial de la Iglesia, terminaremos como victoriosos.

Hace un tiempo atrás, un pastor amigo me dijo: Vos siempre estás predicando a la iglesia para que se comprometa y cambie de actitud. Has escrito varios libros procurando el despertar espiritual de los cristianos, y exhortando al liderazgo a que se atreva a romper estructuras para enseñar Reino. Luego me preguntó: ¿Qué sentís cuando ves que la Iglesia no cambia, cuando ves pasividad y falta de compromiso en muchos hermanos?

Mi respuesta fue: Tengo esperanza, tengo mucha esperanza, porque no miro a la Iglesia con mis ojos naturales, sino que traro de verla como Dios la ve; es por eso que la llamo Iglesia preciosa. Además, el triunfo de la Iglesia no está en manos de personas, sino en las manos del Creador, quien no solo tiene todo bajo control, sino que tratará con Su

Iglesia como lo considere necesario para que, al final, terminemos en victoria como está profetizado. Sin embargo, también digo que si despertáramos a la suave voz del Padre, no necesitaríamos despertar por medio de violentos sacudones.

Dios nos salvó en el pasado de la pena del pecado. Constantemente nos salva en el presente del poder del pecado, y nos salvará en el futuro de la presencia del pecado, y nos cubrirá ante el derramar de Su ira. Lo cual no implica que nos tenga que llevar sobre una nube, sino que seremos librados; eso es un hecho. Somos salvos por la gracia y vivimos nuestra existencia actual por la gracia de Dios, y en la eternidad terminaremos victoriosos por la misma gracia de Dios.

“Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida”.

Romanos 5:10

El pensamiento aquí es que, si mientras en realidad éramos enemigos, Dios estuvo dispuesto a dar a su Hijo para morir por nosotros, ahora que hemos sido traídos a un lugar de aceptación y hemos sido unidos a Cristo, entonces Él está mucho dispuesto a guardarnos seguros en este nuevo estado de gracia.

Cristo vive con la asignación de preservarnos en Él, en la comunión con el Padre y además, incluidos en la

manifestación de Su propósito eterno. ***“Por eso puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos”*** (Hebreos 7:25). Si Dios nos salvó, siendo pecadores, impíos y enemigos de Dios en nuestra mente, cuanto más ahora que vivimos en Él, y que somos en Él, ¿Cómo no nos mantendrá salvos de todo?

“Y no sólo esto, sino que también nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación”.

Romanos 5:11

Esta es una de las declaraciones más maravillosas de las Escrituras. Quiere decir que donde quiera que estemos o cualquiera que sea nuestro problema, podemos gloriarnos y regocijarnos en Dios y en Su gracia maravillosa. De hecho, Su gracia es tan maravillosa y de tal magnitud, que resulta algo difícil de comprender y aún más difícil de vivir según los parámetros humanos.

Hay ocasiones en las que actuamos como si Dios no nos hubiese extendido Su gracia, como si tuviésemos que hacer algo para apropiarnos de la bendición. Sin embargo, la verdad no es esa. Debemos asumir que soberanamente, el Señor ha determinado hacer todo y darnos en Cristo, todo lo que ciertamente no merecemos.

La gracia es tan real como el aire que respiramos; esto es bárbaro, porque si no respiramos nos morimos y, sin

embargo, no trabajamos por ello, simplemente respiramos de manera natural. Tampoco estamos dando gracias todos los días por el oxígeno, sin embargo, sin él no sobreviviríamos más que un par de minutos.

La gracia, al igual que el oxígeno, está en todo momento. Nosotros no buscamos respirar únicamente cuando estamos impedidos, lo hacemos de continuo. Tal vez si estamos atrapados en un lugar sin poder respirar, lucharemos todo lo posible y con desesperación para conseguir aire, y creo que ocurre lo mismo cuando la evidencia de un pecado nos golpea de lleno. Sin embargo, la gracia es necesaria en cada momento, en cada inhalación y en cada exhalación.

Algunos piensan que necesitan gracia solamente si hacen algo mal. En realidad, necesitamos gracia en cada segundo y en toda ocasión. Es decir, no necesitamos a Cristo porque tenemos un problema, sino porque somos el problema. La gracia es ilimitada y gloriosa, porque nuestra maldad no tiene límites. Si la gracia tuviera un límite, no podríamos ser salvados.

“Dios es muy bueno, y tiene mucha paciencia, y soporta todo lo malo que ustedes hacen. Pero no vayan a pensar que lo que hacen no tiene importancia. Dios los trata con bondad, para que se arrepientan de su maldad”

Romanos 2:4 VLS

Una de las trampas más comunes que procura tendernos el enemigo es hacernos dudar del perdón recibido, a pesar de las promesas de la Palabra de Dios. Si verdaderamente hemos recibido a Jesús como Salvador por la fe, y todavía tenemos una sensación incómoda preguntando si hay o no un perdón para nuestros pecados, esto puede provenir de influencias demoníacas.

Los espíritus inmundos tratarán de influenciar nuestra mente para recordarnos constantemente nuestras transgresiones pasadas, incluso tratarán de hacernos sentir culpables por ellas. Debemos creerle a Dios y simplemente descansar en sus promesas, confiados en su amor.

“Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones”

Salmo 103:12

Este versículo del **Salmo 103** nos dice que Dios no solamente perdona nuestros pecados, sino que también los quita completamente de su presencia. Cuando Juan el Bautista estaba bautizando en el Jordán, vio venir a Cristo y rápidamente lo identificó diciendo: ***“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”*** (Juan 1:29). Veamos que no dijo que era el Cordero que venía solamente a perdonar los pecados, sino que vino a quitarlos.

Su muerte en la cruz no fue para perdonarnos, sino para pagar nuestra deuda. La Palabra dice que la paga del pecado es muerte (**Romanos 6:23**) y Él estuvo dispuesto a pagar el

precio en nuestro lugar. Él murió en nuestro lugar para que nosotros pudiéramos vivir en el suyo. Cristo renunció a todo lo bueno que tenía, para tomar todo lo malo que nos correspondía a nosotros. Así también, nos pide que renunciemos a todo lo malo que somos y tenemos, para recibir todo lo bueno que le pertenece a Él.

En esta carta escrita por Pablo a los romanos, vemos claramente un gran esfuerzo del apóstol para tratar de explicar claramente que el Nuevo Pacto, no es la evolución del judaísmo y que nada tiene que ver con la justicia humana. De esta manera, Pablo deja bien en claro el alcance de la gracia, y nosotros, debemos honrar esa gracia, en lugar de creer en nosotros mismos, en nuestras obras, o nuestra justicia.

“Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra.”

Romanos 11:6



Capítulo cinco

HONRAR A DIOS CON SANTIDAD

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron.

Pues antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado.

No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir”.

Romanos 5:12 al 14

La mitad del capítulo cinco de la carta a los romanos, aborda el tema de la salvación y la esperanza que tenemos en Cristo. Por ello, en los capítulos anteriores identifiqué la gracia como esa virtud divina a través de la cual debemos honrar a Dios. La segunda sección se centra en la santificación, un aspecto crucial que también debe revelarse, ya que es una forma extraordinaria de honrar a nuestro Padre.

Es fundamental comprender que, en el momento en que la gracia del Señor nos alcanza, no solo nos salva, sino que también nos declara justos en la persona de Cristo. Sin embargo, Dios no se conforma únicamente con declararnos legalmente justos; Él desea trabajar en nuestras vidas para que lo recibido espiritualmente se manifieste como una realidad presente y palpable.

La justificación que la gracia nos otorga en Cristo nos convierte en personas justas ante las cortes celestiales, pues somos presentados ante el Juez en la persona de Cristo y no en nosotros mismos. No obstante, esta gracia extraordinaria no transforma instantáneamente nuestra vida natural; sino que nuestra alma, entra en un claro proceso de redención.

Sería un error pensar que la obra consumada en Cristo equivale a la obra consumada en nuestra expresión personal. También sería un error suponer que Dios se conforma con nuestra perfección en Cristo, dejándonos en nuestro estado personal deficiente. La buena obra que Dios ha comenzado en nosotros será consumada con la llegada de lo perfecto. Pero hasta que lo perfecto llegue, el Señor está decidido a obrar en nuestras vidas, llevándonos de gloria en gloria hacia una transformación que nos conduzca a la plenitud (**2 Corintios 3:18**).

Dios quiere hacer de nosotros las personas que Él ha diseñado, para que podamos representarlo como hijos y embajadores de Su Reino. Así, su plan de salvación no solo

nos declara justos en Su presencia, sino que también busca convertirnos en personas íntegras y justas ante el mundo.

A través de la obra del Espíritu Santo, Dios nos provee un camino para crecer espiritualmente y ser progresivamente santificados, es decir, apartados y dedicados al Reino. Los teólogos denominan esto como la doctrina de la supremacía federal de Adán y Cristo. Aunque algunos presentan este concepto de manera compleja, intentaremos verlo de manera más sencilla.

Para comprenderlo, imaginemos a todos los seres humanos que han existido, así como a los casi ocho mil millones de personas que viven en el mundo hoy, resumidos en dos personas: Adán y Cristo. Al visualizar a estos dos hombres, coloquemos a todos los demás dentro de uno de ellos: algunos en Adán y otros en Cristo.

Adán representa la vieja naturaleza de pecado, mientras que Cristo encarna al Nuevo Hombre. El primero está bajo maldición y condenación, mientras que el segundo está en bendición y en justicia absoluta. Todos los seres humanos estamos en Adán o en Cristo; no hay otra opción.

Quienes han vivido, o viven, sin la vida de Cristo están en Adán, y por ello son pecadores incapaces de dar buenos frutos (**Mateo 7:18**). En cambio, aquellos que hemos recibido la gracia de la vida de Cristo, vivimos en Él, nos movemos en Él y somos en Él (**Hechos 17:28**), por lo tanto, podemos dar buenos frutos (**Juan 15:5**).

Adán y Cristo actuaron en nombre de toda la humanidad; ambos son representantes de la raza humana. Adán, según **Romanos 5:12 al 14**, fue la cabeza natural de la humanidad, y su acto de desobediencia sumergió a todo su linaje en el pecado. Todos somos hechos pecadores debido a este acto de Adán, pues nacemos con una naturaleza que no puede hacer otra cosa que pecar.

Esto no solo significa que heredamos la naturaleza pecaminosa de Adán y que además, somos culpables de nuestros propios pecados, sino también que estamos tan vitalmente unidos al primer padre de la raza humana que, antes de tener una naturaleza pecaminosa, de cometer un pecado, o incluso de existir físicamente, ya éramos pecadores en Adán, porque el pecado de Adán nos fue imputado.

“Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”.

Romanos 5:12

Es importante entender que el pecado del que estamos hablando es el pecado de Adán, es decir, su primer pecado en el Jardín del Edén, no los pecados sucesivos de la humanidad. Este primer acto de desobediencia trajo muerte sobre toda su descendencia, y en ese acto, todos nosotros fuimos considerados responsables.

Debemos reconocer que no somos pecadores porque cometemos pecados; más bien, cometemos pecados porque

somos pecadores. La naturaleza antecede a los actos que producimos, y a la vez, es inevitable que esos actos se manifiesten. Nos encontramos en un estado de pecaminosidad porque Dios ha declarado bajo pecado a toda la humanidad. Finalmente, somos pecadores también por imputación: Adán actuó en representación de la raza humana porque era su cabeza, y todos estábamos destinados a descender de él.

Quiero aclarar que al hablar de Adán, también incluimos a Eva, ya que Eva fue tomada de él, y fue una con él. Recordemos que el Señor dijo que serían ***“carne de su carne y hueso de sus huesos”*** (Génesis 2:23). Es evidente que, según la Biblia, el hombre es uno solo, creado en dos versiones complementarias, denominadas varón y hembra (**Génesis 5:1 y 2**).

Aunque no soy partidario de utilizar lenguaje técnico teológico, en este caso hay una expresión que define muy bien el diseño del Padre: la “supremacía federal”. Este concepto es extraordinario porque, en base a la supremacía federal de Adán, Dios ahora puede salvar a todos los que hemos recibido la gracia de creer en Cristo, otorgándonos los beneficios integrales de Su supremacía federal.

Adán y Cristo son los representantes de la raza humana. Adán es la cabeza natural de la humanidad, y su acto de desobediencia nos hundió a todos como sus descendientes. Todos somos pecadores debido al pecado de Adán, porque ante Dios, lo que Adán hizo, lo hicimos nosotros. Este

principio es fundamental para entender que, de la misma manera, la justicia de Cristo nos fue imputada por Su muerte en la cruz.

Cristo es la cabeza de una nueva raza, una nueva creación que es la Iglesia, Su cuerpo, la expresión del Nuevo Hombre. La Iglesia es la nueva creación: ***“Así también está escrito: Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el postrer Adán, espíritu que da vida. El primer hombre es de la tierra, terrenal; el segundo hombre, que es el Señor, es del cielo”*** (1 Corintios 15:45 al 47).

Pablo nos enseña que en Cristo tenemos “mucho más” de lo que perdimos en Adán. Esta expresión “mucho más” aparece primero en **Romanos 5:10**, donde leímos anteriormente: ***“Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida”***.

El primer pecado de Adán fue un acto representativo. Adán actuó en nombre de toda la humanidad, ya que todos descendimos de él. La evidencia de esto es clara, como Pablo declara en su primera carta a los Corintios, capítulo 15, versículos 21 y 22: ***“Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”***.

La muerte vino por Adán. Si se busca una prueba de que el primer pecado de Adán fue un acto representativo de

la humanidad, consideremos que desde entonces, todos los seres humanos mueren. Dios no creó al hombre para morir; fue el pecado el que introdujo la muerte. Incluso si alguien intentara criar a un niño en un entorno absolutamente aislado de toda maldad, este aún terminaría pecando, porque el pecado no es algo que se aprenda, sino el resultado de una naturaleza caída.

“Pues antes de la ley, había pecado en el mundo; pero donde no hay ley, no se inculpa de pecado”.

Romanos 5:13

Lo que el apóstol Pablo continúa enseñando, es que desde Adán hasta Moisés, a quien le fue dada la Ley, ya había pecado en el mundo. Durante ese período de tiempo, el pecado no era considerado una transgresión, sino una rebelión contra Dios. Sin embargo, la llegada de la Ley estableció los límites de las ordenanzas divinas y la condena de cada transgresión.

“No obstante, reinó la muerte desde Adán hasta Moisés, aun en los que no pecaron a la manera de la transgresión de Adán, el cual es figura del que había de venir. Pero el don no fue como la transgresión; porque si por la transgresión de aquel uno murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo. Y con el don no sucede como en el caso de aquel uno que pecó; porque ciertamente el juicio vino a causa de un solo

pecado para condenación, pero el don vino a causa de muchas transgresiones para justificación.”

Romanos 5:14 al 16

A pesar de que en la época de Noé aún no existía la Ley, aquella generación fue destruida por medio del diluvio porque estaba saturada de pecado. Eran incorregibles e incurables. Dios vio la extrema perversidad de los hombres y actuó conforme a lo que vio. **Génesis 6:5** lo expresa claramente: ***“Y vio el Señor que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos de su corazón era de continuo solamente el mal”***.

Esa generación estaba completamente pervertida y entregada a la maldad, pero no eran transgresores de la Ley, porque la Ley aún no había sido dada a Moisés. Aun así, fueron juzgados como pecadores. Todos los seres humanos pertenecemos a una raza perdida, y aunque algunos pueden rechazar esta idea, considerándola injusta o difícil de aceptar, todos hemos sido destituidos de la gloria de Dios. La única manera de revertir esta realidad es a través de Jesucristo. No hay otra opción, como algunos pretenden, y mucho menos, alguna religión que contemple las buenas obras.

Todos los seres humanos, sin excepción, necesitamos la regeneración, porque por nuestra propia naturaleza no tenemos remedio ni posibilidad de cambio. El diseño del Reino no busca la educación de los pecadores, sino la madurez de los santos renacidos. Dios no ha depositado Su

esperanza en el cambio de la humanidad, sino en la vida de Su Hijo Jesucristo.

Como nuevas criaturas, podemos vivir en verdadera santidad, no por un simple cambio de ideas, sino por un legítimo cambio de naturaleza. Cuando la vida de Cristo no está operando en los seres humanos, el pecado está a flor de piel; la carne, la vida interior y el desarrollo intelectual están impregnados de oscuridad. Solo Cristo produce luz, convicción de pecado y verdadera santificación.

Dios no está obligado a salvar a nadie, especialmente porque ningún hombre desea ser salvado ni elige a Dios de ninguna manera. Es Dios quien debe elegir a algunos y salvarlos soberanamente, dándoles vida y luz, ya que todos estábamos absolutamente impedidos de ver, entender o acudir a la salvación.

Es absurdo que algunos ministros consideren que la salvación tiene una parte de virtud humana. Creen que los hombres nos salvamos por la obra de Jesucristo “y” por la voluntad humana de aceptarlo como Salvador. La salvación no tiene ningún “y” con mérito humano; la obra de redención fue absolutamente divina. Lo único que los hombres pudieron hacer fue crucificar a Jesús, acusándolo falsamente.

Por otra parte, la regeneración no es algo que los seres humanos podamos elegir. Jamás he visto a un pequeño niño eligiendo nacer o aceptando a sus padres. Nosotros estábamos muertos en delitos y pecados, y recibimos vida.

Eso solo puede ser el resultado de la gracia soberana. Analizo esto detalladamente en mi libro titulado “Salvados por Gracia”, y les aconsejo leerlo de manera responsable, antes de opinar rápidamente sobre este tema tan controversial.

“Pues si por la transgresión de uno solo reinó la muerte, mucho más reinarán en vida por uno solo, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia. Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos. Pero la ley se introdujo para que el pecado abundase; más cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia; para que así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro.”

Romanos 5:17 al 21

Aquí, Pablo presenta al Reino como un Reino superior al reino de la muerte. Es el Reino de la vida en Cristo, ofrecido a todos los escogidos del Padre por medio de la abundancia de Su gracia. El Rey del Reino de la vida es Jesucristo, y sobre Su vida está edificada la Iglesia, contra la cual las puertas de la muerte no prevalecerán (**Mateo 16:18**).

Aquí se declara el principio fundamental de la imputación del pecado y de la imputación de la justicia. Esta

es la doctrina de la supremacía federal de la raza en Adán y en Cristo. Dios sabía lo que la raza humana haría en Adán, y por tanto, proveyó, aun en aquel entonces, una nueva Cabeza, a fin de que pudiera declarar justos a los pecadores perdidos, quienes no tienen ninguna justicia propia.

Pablo resumió su argumento sobre la supremacía federal. El acto de desobediencia de Adán hizo pecadores a todos, no solo por tener una naturaleza pecaminosa, sino también por ser culpables del acto de pecado. La obediencia de Cristo no solo incluyó Su muerte en la cruz, sino también Su santa vida de obediencia a la voluntad del Padre. Sin embargo, fue Su muerte en la cruz y Su resurrección lo que hizo posible que Dios declare justo al pecador que cree en Él.

Cristo es nuestra justicia, mientras que Adán representa nuestro pecado y muerte. El pecador que oye y se somete obedientemente a la voz de Cristo, recibe una declaración de justicia que lo libra de condenación. Por todo esto, no solo somos salvados, sino posicionados en Cristo para una vida santa. Lo que Adán no pudo hacer debido al pecado, lo podemos hacer nosotros por causa de la justicia.

Si Adán hubiera decidido vivir en santidad, hoy no solo estaría vivo, sino que sería el hombre más honrado del planeta, el padre de toda la humanidad. Sin embargo, el pecado le hizo perder todos sus privilegios. Lo que Adán perdió, Cristo lo recuperó para que nosotros podamos hacer lo que Adán no hizo.

Dios nunca renunció a Su plan original. No entiendo por qué algunos predicadores solo quieren sacar a la Iglesia de la tierra y llevarla al cielo. Si el gobierno de Dios no llega a ser completamente manifestado por la Iglesia en toda la tierra, será porque el diablo ganó la partida, y todos sabemos que eso no sucederá, porque Cristo lo venció en la cruz. Por lo tanto, no hay otra posibilidad que la concreción de los diseños del Padre, estableciendo completamente Su Reino sobre toda Su creación, para lo cual, la Iglesia no debería huir, sino ejercer su rol.

Cuando Dios creó al hombre, lo hizo para gobernar Su creación a través de él. Por eso lo creó con la naturaleza de la tierra, porque era lo que deseaba gobernar, y lo creó con Su propia naturaleza, porque era necesario que desde la comunión espiritual, se sujetara al gobierno celestial. El pecado desconectó al hombre de Dios, pero no lo desconectó de la tierra. Cristo vino para reconciliar todas las cosas, las que están en la tierra y las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de Su cruz (**Colosenses 1:20**).

Una vez reconciliados, recuperamos la posición de gobierno que tuvo Adán (**Génesis 1:26**). Ahora, debemos vivir en santidad, no cometiendo el mismo error de Adán. Debemos vivir bajo el gobierno del Padre, quien no solo ha venido a nosotros a través del Espíritu Santo, sino que nos ha colocado en la persona de Cristo, quien es representado como el segundo Adán.

La mentalidad satánica es la independencia y la anarquía humana. La mentalidad del Reino es pura y exclusivamente hacer la perfecta voluntad de Dios. Por lo tanto, debemos cambiar nuestros conceptos sobre la santidad, porque santidad no es portarnos bien para alcanzar salvación. Santidad es el resultado de ser santos renacidos, salvos y consolidados en Cristo, que, dando genuinos frutos de obediencia por causa de la vida que opera en nosotros, honramos a nuestro Padre para que Su propósito sea cumplido.

“¿Qué diremos, entonces? ¿Continuaremos en pecado para que la gracia abunde? ¡De ningún modo! Nosotros, que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en

Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?

Por tanto, hemos sido sepultados con Él por medio del bautismo para muerte, a fin de que como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en novedad de vida.

Porque si hemos sido unidos a Él en la semejanza de su muerte, ciertamente lo seremos también en la semejanza de su resurrección, sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado con Él, para que nuestro cuerpo de pecado fuera destruido, a fin de que ya no seamos esclavos del pecado; porque el que ha muerto, ha sido libertado del pecado. Y si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con Él...”

Romanos 6:1 al 8

Es posible honrar a Dios con nuestra santidad, aunque sigamos viviendo dentro de las limitaciones de nuestros cuerpos carnales. Es verdad que estamos sujetos a pasiones y emociones conflictivas, como la autocompasión, la ira y el miedo. Al final, por más que procuremos vivir de manera absolutamente pura, un solo pensamiento lujurioso o codicioso estropeará la perfección y cancelará cualquier intento de vivir por encima del pecado.

Es por esto, que el mismo Pablo nos ordena llevar cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo (**2 Corintios 10:5**). A menudo, las mayores batallas con la carne las libramos en el interior, sin llegar a reconocerlas, mientras que otros pecados sólo los reconoceremos a posteriori. ¿Cuántas veces hemos dicho algo y después nos hemos dado cuenta de que no deberíamos haberlo dicho?

Así que, aunque sea posible llegar al punto de autocontrol y dirección del Espíritu para hacer las cosas que honran a Dios, no debemos confiar en nosotros. Con frecuencia no entendemos nuestras propias motivaciones ni vemos nuestros propios defectos hasta que Dios nos los señala. Por eso Dios nos exhorta a que confesemos nuestros pecados y limpiemos nuestros corazones, sin asumir nunca que estamos libres de pecado, o que solamente por el hecho comportarnos bien, no llegaremos a tener ningún problema.

“Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros.

Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”.

1 Juan 1:8 y 9

Si queremos ser sabios no debemos asumir que hemos alcanzado la perfección sin pecado. Hacerlo nos convertiría en orgullosos, lo cual también sería pecado (**Santiago 4:6; Proverbios 16:5**). Debemos permitir que el Espíritu Santo nos examine continuamente para ver si nuestros caminos agradan al Señor. David, quién siempre procuraba honrar a Dios con su vida, expresó esto claramente en uno de sus Salmos:

“Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno.”

Salmo 139:23 y 24



Capítulo seis

HONRAR A DIOS POR LA VIDA

“¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado? En ninguna manera. Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás. Mas el pecado, tomando ocasión por el mandamiento, produjo en mí toda codicia; porque sin la ley el pecado está muerto. Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí. Y hallé que el mismo mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte...”

Romanos 7:7 al 10

Si la liberación del pecado significara la liberación de la Ley, ¿serían entonces equiparables? Pablo respondió: ¡De ninguna manera! Luego mostró que la Ley en sí misma es buena, pues revela la voluntad de Dios. El problema no radica en la Ley de Dios, sino en nosotros. Es nuestra condición humana la que tiene la culpa. Si la Ley hubiera sido mala, Dios no la habría demandado. El problema es que nuestra condición sin Cristo nos incapacita para cumplirla.

Este era el problema de los fariseos, que se esforzaban por cumplirla y creían que realmente lo lograban. Por eso se consideraban justos, pero en realidad seguían teniendo un grave problema de corazón. Por esta razón, Jesús les decía: ***“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera lucen hermosos, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia”*** (Mateo 23:27).

Ahora bien, el apóstol Pablo no pretendía acusar a nadie con esta cuestión. De hecho, asumió en su carta un tono muy personal, utilizando en el resto del capítulo cinco de Romanos pronombres en primera persona como “yo”, “mí”, y “mí mismo” en varias ocasiones.

La Ley le reveló a Pablo la excesiva maldad del pecado que lo habitaba. En su experiencia, relató que luchaba dentro de sí mismo para vencer el pecado, pero descubrió que era imposible. La Ley le brindó la posibilidad de observar su interior, ya que expuso los pensamientos e intenciones de su corazón, pero no pudo darle ayuda para obedecer.

Esta es la función de la Ley: revelar la debilidad y la fealdad de la naturaleza carnal. El apóstol Santiago comparó la Palabra de Dios con un espejo que revela lo que somos **(Santiago 1:23 y 24)**. La culpa de la realidad no la tiene el espejo al revelar suciedad y fealdad, sino la vieja naturaleza heredada de Adán. El espejo puede mostrar que estamos despeinados o desaliñados, pero no puede peinarnos ni arreglar nuestra condición. De la misma manera, la Ley

revela que somos pecadores. La amonestación o prohibición contenida en la Ley, deja clara la debilidad de la carne o la condición humana, pero esa virtud solo produce condenación, porque no puede resolver el problema de la humanidad. Esto es lógico, ya que Dios no otorgó la Ley para resolver el problema, sino para evidenciarlo.

Es como si Pablo dijera: *“Antes de que yo supiera que codiciar era malo, no sentía ninguna convicción de pecado, porque no había una Ley que me lo prohibiera. Pero cuando llegó la Ley, el pecado apareció en mí...”*. Así que la Ley no solo revela lo que es el pecado, sino también la incapacidad humana para resolverlo. Esto, en lugar de generar un falso orgullo en aquellos que creían poder cumplirla, tenía la intención de generar humildad en los incapaces.

Por ejemplo, si un famoso artista como Miguel Ángel me pidiera que pintara un cuadro similar a los suyos, yo debería excusarme diciendo que no sé cómo hacerlo. De hecho, tendría que pedirle ayuda. Lo peor que podría hacer es dibujar un garabato y presentárselo como una gran obra de arte, creyendo orgullosamente que soy tan capaz como él.

Debemos asumir que la Biblia presenta una norma y una guía de conducta que es superior a la propia capacidad humana. Por eso, en el Nuevo Pacto, el Señor nos introduce en Cristo, porque solo Él es capaz de hacer en nosotros lo que nosotros no podemos hacer (**Hebreos 13:20 y 21**).

Debemos notar que Pablo no estaba discutiendo sobre la Ley en relación con la pena del pecado, sino más bien, sobre la Ley como una forma de vida para los cristianos. La Ley no puede salvar, no puede producir libertad; de hecho, Pablo dice que solo produjo muerte. Esta es la tragedia de cualquier persona que procure vivir según la Ley. Es lamentable que haya tantos cristianos por ahí, tratando de vivir bajo sus demandas, creyendo además que en Cristo se pueden convertir en judíos.

Ahora, la culpa no recae en la Ley, sino en aquellos que tratan de cumplirla, y si no les produce ese efecto, es porque son atrapados por el orgullo. La Ley revela la debilidad, la incapacidad del hombre y el pecado de la humanidad. Por eso la Ley tuvo un ministerio de condenación y muerte. Si hubiera existido una ley que pudiera producir vida, Dios la habría comunicado. Pero en lugar de eso, envió a Su Hijo Jesucristo, que es el único camino, la verdad y la vida (**Juan 14:6**).

***“Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros.*”**

¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado”.

Romanos 7:18 al 25

Pablo aprendió que no había ningún bien en él. La pregunta es: ¿Hemos llegado nosotros a esa conclusión? Lamentablemente, muchos creen que en su condición humana pueden hacer algo para agradar a Dios por medio de sus obras. Algunas congregaciones están tan sobrecargadas de actividades que parecen colmenas de abejas que trabajan y trabajan, pero, en realidad, no pueden producir miel.

No estoy sugiriendo que todas las actividades en las iglesias no sirvan para edificar a los santos; lo que digo es que no mejoran nuestra justicia ante Dios. Hay actividades que ciertamente están alineadas con la voluntad de Dios, pero hay otras que solo mantienen ocupados a muchos hermanos en un propósito que tiene más que ver con los intereses del ministerio o denominación que en la edificación de los santos.

Esto es tristemente agravado en las congregaciones que están atrapadas en la religiosidad. De hecho, la característica fundamental de la religión es la carnalidad, no la verdadera espiritualidad. La vida de Cristo no se manifiesta desde la religiosidad humana, porque esta está llena de orgullo y vanidad. Los que son víctimas de la religión caen en un mero activismo que no produce frutos espirituales. No

han aprendido, como Pablo lo hizo, que sin Cristo, la naturaleza humana no posee ningún bien.

El apóstol Pablo fue un claro ejemplo de vida religiosa, pues reconoció haber sido un fariseo orgulloso; sin embargo, al conocer la gracia del Señor, descubrió que todo lo que había considerado importante solo era basura comparado con Jesucristo.

Pablo también nos enseña que la nueva naturaleza que recibimos en Cristo desea en todo momento servir al Señor haciendo Su voluntad; sin embargo, tampoco tiene poder en sí misma. Por eso, muchas veces podemos sentir una gran frustración, porque nos cuesta materializar el buen propósito de servir a Dios de manera efectiva.

Lo que ocurre es que, por más que intentemos no permitir una gota de religiosidad en nuestras vidas, si no sabemos cómo gestionar nuestras acciones desde la vida del Espíritu, es muy fácil que caigamos en esfuerzos humanos producidos solo desde nuestro ego.

Muchas veces, nuestras acciones son solo el producto de nuestro carácter emprendedor, de nuestro entusiasmo natural y de una actitud positiva frente a la vida en general. Pero, con el tiempo, las dificultades, el cansancio o incluso el desánimo pueden hacernos sentir su efecto.

Muchos han tratado de excusar a Pablo por lo que escribió en el famoso final del capítulo siete de Romanos.

Algunos consideran que Pablo escribió esto poniéndose en la piel de un cristiano carnal; otros, que lo hizo recordando su ceguera después de su conversión en el camino a Damasco; y otros dicen que Pablo se refería a sus propios días de inmadurez espiritual.

La verdad es que Pablo no aclara nada de esto. Lo único que hizo fue describir su situación, tal como si fuera la de un cristiano normal. Estos versículos de romanos siete no sirve para describir convenientemente el ministerio del apóstol Pablo, pero esto no es algo que él estuviera preocupado por hacer. De hecho, el apóstol lo que hace, es encontrar la ocasión para mencionar claramente sus limitaciones, creando además, una plataforma para presentarnos una salida victoriosa.

Pablo, al igual que cualquiera de nosotros, fue un hombre que durante toda su vida estuvo acostumbrado a demostrar su fe a través de sus propias virtudes. Es lógico que después de su conversión haya intentado más de una vez hacer las cosas con sus fuerzas, para luego descubrir su incapacidad y enseñarnos los beneficios de rendimos ante el Señor.

La verdad es que en la epístola a los Romanos, Pablo revela el contraste y el conflicto entre las dos naturalezas de todos los creyentes, incluso la suya propia. Todos debemos inclinar la cabeza en vergüenza y disgusto al encontrarnos con una descripción de nosotros mismos.

“Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que está en mí”.

Romanos 7:20

El apóstol Pablo nos da una descripción gráfica de sí mismo, como si un asaltante hubiese entrado por la fuerza en su casa y lo hubiera tomado cautivo. Así como nadie puede resistir esa dominación, a menos que nos imaginemos peleando contra el pecado, como si fuéramos Jason Statham (el famoso actor de Hollywood). La verdad es que todos, sin excepción, caemos bajo la hostilidad del pecado. No podemos, y nadie puede vencerlo con sus propias fuerzas.

Pablo vio que su nueva naturaleza no entraba en complicidad con el deseo de su vieja naturaleza, sin embargo, tampoco podía vencerla. Pablo dijo que el mal estaba en él, y esa también es la realidad de todos nosotros. Tenemos una nueva vida espiritual, vivimos en plena comunión con Dios, tenemos Su Espíritu Santo morando en nuestro interior, pero si nos descuidamos, la carne y algunas intenciones del alma estarán ahí, acechando con sus deseos.

Todos los hijos de Dios, sin importar nuestra condición o el desarrollo espiritual que podamos tener, debemos admitir que en todo momento la maldad, está presente en alguna área de nuestra vida. No reconocer esta realidad eventualmente nos puede conducir a más de una estrepitosa derrota.

El pecado no solo es una naturaleza latente, sino que es una ley que opera desde nuestros miembros, rebelándose

contra la ley de nuestra mente y las intenciones de nuestra nueva naturaleza. En realidad, hay cuatro leyes que se mencionan en este versículo y en los que lo preceden: la Ley de Dios, la ley del pecado, la ley de la mente y la ley de los miembros. Excepto la Ley de Dios, estas leyes operan directamente desde nuestro ser, y son inevitables.

No tenemos ninguna habilidad personal para escapar de las operaciones del pecado. La única autoridad y el único poder por medio de los cuales podemos prevalecer, nos deben ser otorgados en la persona de Cristo. Debemos asumir una absoluta dependencia hacia el Espíritu Santo, porque es claro que no podemos librarnos de nuestra vieja naturaleza solo por haber recibido una nueva. Es por esto, que Pablo expresó: ***¡Miserable de mí!*** Y luego preguntó: ***¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?***

Aquí, Pablo no estaba buscando una remisión de pecados, pues eso ya lo sabía muy bien, sino que deseaba ser liberado de las operaciones de la naturaleza pecaminosa. Ante esto, respondió abiertamente, para que todos pudiéramos aprender: ***¡Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro!*** Su irremediable mal y el nuestro, solo tienen una esperanza, y no está en nosotros mismos, sino en Jesucristo.

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del

pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.

Romanos 8:1 al 4

Es glorioso encontrar todas las respuestas en Cristo, sabiendo que el pecado no puede regir los destinos de nuestra vida. Es cierto que nuestra nueva vida, por sí misma, no es capaz, y que la vieja naturaleza no tiene solución, pero tenemos la vida de Cristo, y Él sí tiene toda potestad y poder para librarnos de todo mal y para que nada ni nadie pueda arrebatarlos de Su mano (**Juan 10:28**).

Si en verdad deseamos agradar a Dios y hacer Su voluntad, debemos rendirnos por completo a Él, morir a nuestras intenciones personales y depender de la obra soberana del Espíritu Santo. La santificación es la obra del Espíritu Santo en nuestra vida regenerada; Él nos libera del poder del pecado y nos capacita para obrar conforme a la voluntad del Padre.

“Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte”.

Romanos 8:2

Necesitamos seguir la lógica del apóstol Pablo. Uno de los grandes expositores de la carta a los Romanos dijo que si

no encontramos lógico a Pablo, entonces no estamos siguiendo correctamente sus razonamientos. *“La ley del Espíritu”* que se menciona aquí, no solo se refiere al principio de una nueva ley escrita, sino a la autoridad que ejerce el Espíritu desde nuestro interior.

El Espíritu de vida es el Espíritu Santo, quien nos otorga vida porque, esencialmente, Él es la vida de Cristo en nosotros. La expresión *“en Cristo Jesús”* nos demuestra esto claramente. Por eso debemos honrar a Dios por la vida de Cristo, y por la vida que opera en nosotros a partir de la regeneración, ya que es lo que nos permite sostener una permanente comunión con Él.

El Espíritu Santo obra sobre nuestra nueva naturaleza, que ahora está vitalmente unida a la vida de Cristo. El hombre descrito por Pablo en el capítulo siete de Romanos está unido al cuerpo de muerte, pero en el capítulo ocho aprendemos que nuestra victoria se produce por estar unidos al Cristo viviente, y que en Él no hay posibilidades de condenación.

Ésta es la forma en que Dios llegó a las raíces del pecado en nuestro cuerpo, en nuestra mente y en nuestro corazón. Jesucristo fue enviado por el Padre para ajusticiar la carne pecaminosa en la cruz del Calvario, para que ésta ya no tuviera ningún derecho sobre nosotros. Dios puede tratar así, directamente condenando al pecado en nuestras vidas.

El pecado ha sido condenado en nuestros cuerpos, pero no ha sido eliminado. De hecho, nuestro cuerpo también está

condenado a volver al polvo, porque es necesario que lo mortal sea revestido de inmortalidad y lo corruptible de incorruptibilidad (**1 Corintios 15:53**).

Ciertamente, todos deseamos vivir, pero lo hacemos con la esperanza de recibir nuestro cuerpo glorificado para ser semejantes a Cristo de manera absoluta. Además, los hijos de Dios tenemos la esperanza y la ansiedad de que el Señor venga para librarnos de este mundo controlado por el pecado y las tinieblas, al manifestar la plenitud de Su Reino.

Sin embargo, también debo decir que hay algo glorioso que debemos valorar muchísimo, y es que aun estando en este cuerpo de muerte, podemos vivir en eternidad espiritual; y que a pesar de estar inmersos en un sistema controlado por las tinieblas, nosotros podemos vivir en luz; y en un mundo infectado por el pecado, nosotros podemos vivir en la santidad que nos otorga la gracia divina.

Quienes hemos recibido la nueva naturaleza espiritual y el poder de la vida en Cristo, podemos entregarnos voluntariamente al gobierno de Dios, buscando en todo tiempo Su voluntad y poniéndola por obra a través de la obra integral del Espíritu Santo. Hacer esto no es otra cosa que honrar a Dios por la vida, esa vida que solo por Su gracia hemos recibido.

“Así que, hermanos, deudores somos, no a la carne, para que vivamos conforme a la carne; porque si vivís

***conforme a la carne, moriréis; más si por el Espíritu
hacéis morir las obras de la carne, viviréis.
Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios,
éstos son hijos de Dios”.***
Romanos 8:12 al 14



Capítulo siete

HONRAR A DIOS POR SU AMOR

“El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios. Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados”.

Romanos 8:16 y 17

El apóstol Pablo, deja clara nuestra esperanza al justificar ciertas aflicciones momentáneas como algo incomparable con lo que recibiremos en Cristo. Es más, creo que debemos recobrar el valor del quebranto como un medio para la gloriosa expresión de Cristo. Decir esto puede parecer incorrecto en esta generación que huye despavorida de toda aflicción, pero es fundamental para el sano desarrollo del entendimiento respecto del evangelio del Reino.

Por supuesto, no expreso esto porque me gusten las aflicciones; de ninguna manera. Solo señalo que nos hemos ido a un extremo en el que consideramos que toda aflicción es injusta y resultado de las tinieblas. Pensar que, siendo hijos

de Dios y bendecidos, no podemos o no debemos padecer problemas es absurdo. Ese es un paradigma cultivado por la mala enseñanza.

Cuando los ministros encargados de la enseñanza ocultan la verdad del evangelio para ser positivos y alentadores, pueden creer que están impulsando la fe. Sin embargo, aquellos que se entusiasman con ese mensaje terminan siendo muy débiles en los momentos de adversidad, porque no están preparados para superarlos.

Estoy convencido de que muchos de nosotros, cuando lleguemos a la eternidad, desearíamos haber sufrido un poco más por causa del evangelio. Ni Pablo ni yo nos referimos a padecimientos vanos, sino a los que vienen como consecuencia de vivir y sostener la verdad del Reino.

Padecer por Cristo también es resultado de Su amor. Él desea que nos deleitemos en Él, y nosotros debemos honrar eso. Tristemente, la sociedad nos tiende las redes de su influencia, de manera que muchos se deleitan más en el bienestar personal, que en la presencia misma del Señor, sin comprender el amor de Dios expresado en los padecimientos.

Podemos disfrutar del bienestar, no hay problema con eso, y ojalá todos los hermanos pudieran vivir en abundancia. Pero nuestro enfoque debe estar primeramente en lo eterno. Debemos tener claro que, más allá de lo que podamos estar viviendo hoy, sea bueno o malo, lo que vendrá no será comparable con lo presente. No solo nuestros cuerpos serán

redimidos, sino que todo el universo físico lo será. La tierra será llena de la gloria del Señor, y Su Reino será expresado en todo lugar.

“Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios”.

Romanos 8:19

Ése es el propósito de Dios, ya está anunciado y Él lo llevará a cabo. En realidad, cambiaremos esta tierra infectada por las tinieblas por una tierra redimida y gloriosa. En la plenitud del Reino no habrá más pecado ni maldición por causa del pecado, y éste no volverá sobre ella. ¡Ciertamente viviremos una gloriosa experiencia eterna! Y en esa experiencia trabaja nuestra fe.

Nuestra esperanza no puede estar depositada en el bienestar del mundo; nada vendrá de ningún gobierno natural. Las instituciones de representación ciudadana y las organizaciones internacionales dicen estar trabajando para cambiar la realidad presente de los pueblos, pero no solo no lo han logrado, sino que la situación ha empeorado. En el fondo, el único efecto del trabajo humano es la preparación para la manifestación del gobierno satánico.

Esta generación actual, que por causa de la tecnología y el avance de la ciencia, está disfrutando de mayores comodidades que cualquier otra en la historia, trata de evitar pensar en el lado oscuro de la vida. Pero los creyentes actuales no debemos eludir la experiencia del sufrimiento,

porque los tiempos finales traerán mucha hostilidad contra los cristianos; sin embargo, sabemos esto y saldremos victoriosos.

“Por tanto, también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción a la libertad gloriosa de los hijos de Dios”.

Romanos 8:21

Tal vez, cuando menciono la redención del planeta, no suene tan interesante para muchos hermanos, o al menos como algo difícil de imaginar. La naturaleza hoy en día es hermosa, pero sufre permanentemente, no solo por el abuso de los seres humanos, sino también por los abruptos cambios que evidencian la inestabilidad y la falta de armonía.

Hay un deterioro constante en la naturaleza, causado tanto por los hombres como por la muerte misma. Si vamos a un hermoso bosque, encontraremos allí vida entre árboles caídos y animales muertos que se están pudriendo. Ésa es la naturaleza que tenemos: en medio de su belleza, también percibimos el hedor de los cuerpos putrefactos y los efectos climáticos que están acabando con muchas especies.

La naturaleza sigue siendo lo más hermoso que tenemos en el planeta, y por tal motivo, no alcanzamos a percibir el grado de destrucción que estamos padeciendo a nivel global. Los ríos, en su mayoría, están absolutamente contaminados. Los mares, por su parte, parecen gigantes

indestructibles, pero están sufriendo degradación y destrucción.

Si continuamos de esta manera, la muerte y las tinieblas seguirán avanzando, y todo lo que aún encontramos hermoso se terminará destruyendo. Hay cosas que no se podrán frenar, porque ya están escritas. Hoy más que nunca, se habla de cuidar el planeta; sin embargo, se continúa haciendo todo lo contrario. Debemos entender que no hay esperanza de cambio en seres humanos sumergidos en la oscuridad.

“Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo”.

Romanos 8:22 y 23

Dios ciertamente está en el cielo, y allí todo funciona bien. La única vez que hubo una rebelión, fue combatida con la expulsión de los rebeldes. Sin embargo, aunque el Señor es omnipresente, en la tierra ha determinado manifestarse a través de la Iglesia. Ese es Su diseño, y creo que la mayoría de los cristianos no logra dimensionar la responsabilidad que esto conlleva.

No estoy sugiriendo que el Reino logrará una expansión total a través de la Iglesia. Eso no sucederá. La

Iglesia puede y debe manifestar el Reino hasta la venida del Señor. Él es quien traerá la plenitud sobre nosotros y sobre todo el planeta. Todo cambiará con Su venida, pero nosotros debemos anunciarlo y vivir con intensidad la vida del Reino, aun soportando las hostilidades del sistema, que sin duda empeorarán.

Por ahora, no solo la naturaleza gime, sino que los hijos de Dios debemos encontrarnos en armonía con ella. Creemos que este versículo es devastador para aquellos que mantienen la teoría de que la señal de un verdadero creyente es el bienestar. Reitero, podemos estar bien en lo natural, pero nuestro corazón debe gemir por la venida del Señor y la manifestación plena de Su Reino.

Tal vez los jóvenes no logren discernir esto, pero cuando los años pasan, comenzamos a sentir dolores que antes no sentíamos, y sufrimos cambios que nos alejan de la plenitud. Estamos en un proceso de muerte, y si no asimilamos eso, es porque no hemos entendido la verdad del evangelio.

Yo sostengo el gozo espiritual, porque esa es la fortaleza que se produce en la fe, pero no puedo ser plenamente feliz, en un mundo donde las desgracias son continuas, las injusticias ocurren en todos lados, y la muerte acecha injustamente a miles de personas cada día.

No tengo duda de que nos hemos acostumbrado a convivir con la muerte, pero ¿a quién le gusta pensar en la

posibilidad de la muerte de nuestros seres queridos? Si alguien puede decir que no le importa, es porque ha decidido alinearse con las tinieblas. Yo aborrezco la muerte y todo lo que va produciendo en los seres humanos.

Cuando vemos fotos o videos de personas jóvenes llenas de vida, y luego los vemos totalmente deteriorados, sufriendo la vejez, la enfermedad y la muerte, debemos sentir indignación, no pasiva resignación. No debemos olvidar que todo esto es consecuencia del obrar de las tinieblas. Sin la intervención de Satanás, y sin la actitud pecaminosa de los hombres, nada de esto estaría ocurriendo.

Personalmente, vivo con esperanza y moriré con la esperanza fundamentada en Cristo, lo cual es grandioso, no solo para mí, sino también para enfrentar la pérdida de mis seres queridos. Sin embargo, cuando miro mi cuerpo cada día, cuando veo envejecer a mis seres amados, me indigno contra las tinieblas. Por lo tanto, voy a invertir hasta mi último suspiro en combatir las, contribuyendo a la expansión del Reino todo lo que pueda.

David escribió en el Salmo 6:6: ***“Me he consumido a fuerza de gemir; todas las noches inundo de llanto mi lecho”***. También debemos recordar que nuestro Señor Jesús lloró en algunas ocasiones. Creemos que Él era una persona alegre, pero hubo momentos en los cuales lloró, aun sabiendo que la redención sería concretada.

Recordemos que incluso lloró ante la tumba de Lázaro, aun sabiendo que lo resucitaría. Nosotros no podemos ser indiferentes al dolor que produce la muerte. Es verdad que tenemos certeza en la esperanza del evangelio, pero debemos sentir sinceramente la empatía por el dolor que sufre la humanidad a causa de las perversas tinieblas.

Eso también es honrar a Dios, quien, por Su amor, ha preparado, a través de Su diseño, una salida redentora para nosotros y para toda la creación. Esta es la verdad y esa es nuestra esperanza, aunque todavía no la veamos con nuestros ojos naturales. Lo que debemos hacer es comunicar esta buena noticia al mundo, porque la gente no solo padece el mal, sino que vive sin esperanza de nada.

“Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; ya que lo que alguno ve, ¿para qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos”.

Romanos 8:24 y 25

Estos versículos nos hablan de la obra de Cristo por nosotros en la cruz y de nuestra fe en Él. En otras palabras, hemos sido salvos y esperamos el cumplimiento de nuestra esperanza. Todavía no lo hemos logrado, pero lo lograremos sin lugar a dudas. Tendremos un nuevo cuerpo en el futuro y un planeta glorioso, donde habrá cielos sin la operación de las tinieblas y una tierra sin contaminación alguna.

“Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados”.

Romanos 8:28

Este versículo, después de lo que hemos analizado, es como un bálsamo de amor del Padre para todos sus hijos. Nosotros gemimos, y sabemos que toda la creación está gimiendo, sufriendo intensamente, pero también conocemos, por la verdad de Dios, que todas las cosas ayudan a bien, incluso los gemidos o suspiros de angustia y dolor. Nada de lo que está pasando, por más amargo que sea, es ajeno a la voluntad del Padre.

Este pasaje dice: ***“a los que aman a Dios...”*** Esta expresión es clave para comprender el desarrollo de todo lo demás. Seguramente, ningún cristiano tendrá problemas para creer que Dios lo ama, ni dudará al declarar su amor a Dios; pero la interpretación de esto debe ser mucho más profunda que un sentimiento abstracto.

El amor necesita ser expresado; el amor es dar, entregar y demostrar. Dios nos ama y lo ha demostrado con todos Sus hechos a favor de la humanidad y con la entrega de Su propio Hijo para redimirnos. El Hijo mismo entregó Su vida al tormento de la cruz, tan solo por amor, porque ninguno de nosotros merecíamos tal sacrificio. Ahora nos toca a nosotros demostrar nuestro amor a Dios y honrarlo mediante la expresión de ese mismo amor que Él pone en nuestros corazones.

Cuando veo a ministros que ejercen su liderazgo con manipulación, actuando como si fueran dueños de la Iglesia, me estremezco. Cuando veo a hermanos sin compromiso, que no se congregan ni se sujetan a nadie, que están peleados con otros hermanos, que hablan mal de sus líderes o atacan a la Iglesia a través de las redes sociales, me pregunto si realmente aman al Señor.

Juan lo expresó muy claramente en su primera carta: ***“Nosotros amamos a Dios porque Él nos amó primero”***. Y luego escribió: ***“Si alguno dice: Yo amo a Dios, pero aborrece a su hermano, es un mentiroso, porque el que no ama a su hermano a quien puede ver, no puede amar a Dios a quien no ha visto”***. Luego, advierte que si amamos a Dios, también debemos amar a nuestros hermanos **(1 Juan 4:19 al 21)**.

Creo que si deseamos honrar a Dios con nuestro amor, no basta con expresar palabras de enamorados; debemos demostrarlo con nuestro compromiso con el Reino. Es cierto que muchas cosas dentro de la Iglesia pueden estar mal; es cierto que hay líderes que son víctimas y otros que son culpables de mala gestión. Es cierto que hay hermanos víctimas de injusticias y culpables de actitudes verdaderamente perversas. Sin embargo, Dios debe estar por encima de todo esto.

No digo que debamos amar a Dios ignorando a todos, o peleándonos con los injustos. Digo que debemos tratar de obrar como Jesús, quien fue tolerante con quienes debía serlo

y aunque fue víctima de aberrantes injusticias, amó a los que lo atacaron despiadadamente, incluso intercediendo por ellos ante el Padre, diciéndole que no sabían lo que hacían.

Debemos comprender que el amor del que Pablo habla no es un sentimiento humano, limitado y egoísta; es el amor de Dios mismo, que ha sido derramado en nuestros corazones y del cual no tenemos excusa para carecer (**Romanos 5:5**). Si sentimos su carencia, no debemos pretender generarlo por nosotros mismos, sino obtenerlo desde una sincera comunión con el Espíritu Santo. Cuando hacemos esto, no solo logramos amar de manera diferente a todos, sino que accedemos a los beneficios preparados por Dios.

Recordemos que a los que aman a Dios, incluso amando a los hermanos y al prójimo en general, todas las cosas les ayudan a bien. Y eso quiere decir literalmente “todas las cosas”: tanto las buenas como las malas; las claras como las oscuras; las dulces como las amargas; las fáciles como las difíciles; las alegres y las tristes; la prosperidad y la pobreza; la salud y la enfermedad; la calma y la tormenta; la comodidad y el sufrimiento; la vida y la muerte.

El apóstol Pablo no solo escribió esto, sino que llegó a comprenderlo en carne propia. En el libro de los **Hechos 21:13**, leemos que Pablo les dijo a los que se angustiaban por su futuro: “*¿Qué hacéis llorando y quebrantándome el corazón? Porque yo estoy dispuesto no solo a ser atado, sino también a morir en Jerusalén por el nombre del Señor Jesús*”. Nosotros debemos meditar sobre esto y

abandonarnos humildemente en las manos del Señor. Lo cual no digo que sea fácil, pero de eso se trata morir al “yo”.

Por otra parte, en **Romanos 8:28**, Pablo no solo dijo que a los que aman a Dios todas las cosas les ayudan a bien, sino que también dijo que esto ocurre a los que *“conforme a su propósito son llamados”*. Estas palabras pueden ser muy difíciles de aceptar para quienes no comprenden lo que significa el propósito divino, porque muchos creen que Dios interviene a favor de sus planes, pero en realidad es al revés. Somos invitados a participar del único y magno propósito de Cristo.

Dios es justo y actúa con amor, pero aun Su amor está basado en el propósito. Su amor no es un simple sentimiento como el nuestro, y tal vez por ello nos cuesta comprenderlo. Dios sin duda amó a Su Hijo con mayor perfección que cualquiera de nosotros, pero determinó enviarlo a la cruz, algo que ninguno de nosotros haría. Ahora bien, es obvio que esto no significa que nuestro amor es mejor que el de Dios, sino que nosotros no tenemos la capacidad de comprender al suyo.

El propósito de Dios puede estar plagado de adversidades, de dolores y amargas lágrimas, pero eso es consecuencia del obrar humano. No era lo que Dios deseaba y no es lo que Él ha preparado para el futuro, pero es lo que momentáneamente tenemos que atravesar. Solo debemos creer en Su amor, más allá de nuestra limitada comprensión. Debemos creerle y honrar Su amor.

***“¿Qué, pues, diremos a esto? Si Dios es por nosotros,
¿quién contra nosotros?”***

Romanos 8:31

Dios está de nuestra parte. Nadie podrá presentar una acusación contra nosotros en Su presencia, ni siquiera hoy en día. Cuando escucho que algunos ministros enseñan que el diablo, como acusador, nos acusa cada día ante el Padre, me apena mucho, porque no están ubicados en el Pacto que vivimos hoy.

Cuando leemos las palabras de Juan: ***“Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de Su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche”*** (Apocalipsis 12:10), debemos entender que estos conceptos están en Apocalipsis, pero estas, no son cosas que ocurrirán, sino que ya ocurrió.

La salvación la trajo Jesucristo y la consumó en la cruz del Calvario. El Reino alcanzará su plenitud en la segunda venida del Señor, pero ya está operativo en la Iglesia. La autoridad de Cristo no es algo que le será dado; es algo que ya tiene. El acusador ya fue vencido con la obra consumada de Cristo; no es algo que ocurrirá. Si el diablo pretendiera acusarnos ante el Padre, debería acusar a Cristo, porque nosotros vivimos y somos en Él (**Hechos 17:28**). Acusarnos, es algo que el diablo ya no puede hacer, porque Cristo ya está posicionado ante el Padre, y nosotros también en Él.

***“¿Quién acusará a los escogidos de Dios?
Dios es el que justifica”.***

Romanos 8:33

¿Sabes por qué nadie nos puede acusar? Porque Cristo murió. Más aún, Él resucitó, removiendo toda condenación, y nosotros estamos seguros en Él. Dios nos ama y comprende nuestras dificultades momentáneas; por eso nos alienta con esperanza y seguridad en Sus Palabras. No debemos temer, porque nada ni nadie nos puede separar de Su amor.

“¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿Tribulación, o angustia, o persecución, o hambre, o desnudez, o peligro, o espada? Como está escrito: Por causa de ti somos muertos todo el tiempo; somos contados como ovejas de matadero. Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó”.

Romanos 8:35 al 37

Pablo mencionó aquí, en forma de preguntas, todas las circunstancias que uno podría imaginar: tribulación, angustia, persecución, hambre, desnudez, peligro y espada. Por eso, luego contesta: ***“Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó...”***

Un hijo de Dios puede pensar que Dios lo ha abandonado si está pasando por una dura aflicción, pero no es así. Dios nos ama y nunca nos abandonará. La misma historia de la Iglesia nos revela que esto es verdad. Muchas veces, y durante diferentes etapas de la Iglesia, los cristianos

fuimos perseguidos y asesinados como ovejas en un matadero. Sin embargo, somos más que vencedores, porque ni la más densa tiniebla puede apagar la luz. Incluso pueden matar nuestro cuerpo, pero no pueden matar la verdad.

La victoria pertenece a Cristo, no a nosotros. La vida victoriosa consiste en permitir que Él sea el Señor de nuestra vida, que Él manifieste Su voluntad y Su poder en nosotros. Por eso, Pablo terminó este capítulo escribiendo:

“Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo por venir, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús, Señor nuestro”.

Romanos 8:38-39

La muerte no nos puede separar; todo lo contrario, nos lleva a Su presencia. Esta fue la esperanza que sostuvo a los mártires cristianos cuando los llevaron a la muerte. Si la muerte no puede hacernos nada, nada lo hará, porque Su amor es eterno y Él lo ha prometido. Esto debe fortalecernos ante toda situación. Solo debemos creer esto y honrar a Dios por Su inigualable amor.



Capítulo ocho

HONRAR EL EVANGELIO DEL REINO

“Hermanos, ciertamente el anhelo de mi corazón, y mi oración a Dios por Israel, es para salvación. Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios; porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree”.

Romanos 10:1 al 4

Pablo comienza el capítulo diez confesando su anhelo de salvación para Israel. Esto es muy trascendental porque los judíos no solo no consideraban la salvación como un tema central, sino que también se creían justos por ser el pueblo favorecido por Dios y porque, a pesar de las deficiencias, decían tener la capacidad de guardar la Ley.

En realidad, Israel procuraba cumplir con la religión que ellos mismos formaron, porque ciertamente Dios les había dado la Ley, pero ellos habían regulado la mayoría de los requisitos según sus tradiciones. Aun con todo eso,

todavía necesitaban ser salvados. Tenían religión, pero no tenían justicia. Es verdad que poseían más que cualquier otra nación, pero aun así estaban perdidos. El deseo de Pablo, después de su conversión, era que la nación de Israel también fuera salvada.

Hay muchos cristianos que están fascinados por la cultura, la tradición y la sabiduría de los judíos, pero no comprenden que, aunque ellos tienen las Escrituras, si no son creyentes de Cristo, están perdidos como todo el mundo. Es cierto que habrá una restauración especial para ellos, como también lo menciona Pablo en este libro de Romanos, pero definitivamente debemos comprender que no hay otro camino al Padre que no sea Jesucristo.

Los judíos están perdidos, al igual que los no judíos. La razón es que Cristo es el fin de las pretensiones de la Ley. Ellos esperan al Mesías, y ciertamente vendrá, pues la segunda venida para nosotros será la esperada venida para ellos. Como nación han tenido un rol trascendente, pero el diseño eterno de Dios no pondrá en el centro de la escena a Israel, sino a la nación celestial que Él ha creado en Cristo.

El apóstol Pablo, como en la mayoría de sus cartas, se enfocó en el tema de la soberanía de Dios y la responsabilidad del hombre, en el reconocimiento de la justicia divina. Dios nos ha ofrecido a todos Su propia justicia en Cristo, pero como hemos visto, los seres humanos procuran establecer su propia justicia por medio de sus obras. Esto claramente penetró la iglesia en los primeros siglos por causa de los

judíos que poseían la Ley. Incluso hoy en día, hay algunos movimientos cristianos que procuran continuar con la práctica de algunas tradiciones judías. Es por esto, que Pablo reitera tanto esta problemática en sus cartas.

Es lamentable que muchos cristianos busquen conocimiento bíblico a través de maestros rabinos, mientras que otros intentan retomar las fiestas judías, revistiéndolas de proféticas. Algunos buscan la cultura utilizando la música, las danzas, las banderas, y consideran muy espiritual todo lo que proviene de Israel. Esto claramente es un error. Nosotros debemos amar a Israel, orar por Israel, y sentir gratitud por todo lo que hemos recibido a través de ellos, pero no debemos buscar a Dios a través de Israel, y mucho menos la justicia.

Hoy en día, los judíos están en el mismo nivel ante Dios que los no judíos, y deben ser evangelizados como cualquier otra persona que está sin Cristo, porque toda la humanidad, al pie de la cruz, está nivelada. Obviamente, ellos cuentan con promesas muy valiosas y ese tiempo llegará, pero nosotros no debemos confundirnos.

No hay obras ni factores ajenos a Cristo que puedan salvarnos. Si estamos sin Cristo, estamos destinados a la perdición. Quizás algunos busquen ciertas consideraciones, pero lamentablemente no hay ninguna. Pablo no estaba haciendo una mención especial de los judíos por encima de toda la humanidad. Tampoco estaba sugiriendo una predicación especial para ellos. De hecho, el mismo Pablo reconocía que una gran parte de los judíos estaban

enceguecidos por Dios, hasta que entre la totalidad de los gentiles escogidos por Dios (**Romanos 11:25**).

“Mas ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación”.

Romanos 10:8 al 10

Pablo resume de manera concisa un aspecto fundamental de la predicación del evangelio del Reino. Él afirma que si alguien confiesa con su boca que Jesús es el Señor, y cree en su corazón que Dios lo levantó de los muertos, será salvo. Esto revela el aspecto real y abierto del evangelio.

El otro aspecto que le da validez a esta confesión es que es absolutamente necesario que esté acompañada de una fe verdadera. Una confesión sin fe no tiene valor, porque en el evangelio, la justicia de Dios se revela por fe y para fe (**Romanos 1:17**). Si no fuera así, cualquiera podría repetir livianamente una oración y ser salvo, pero la oración en sí misma no produce salvación.

Otro aspecto que Pablo no menciona explícitamente, pero que queda en evidencia, es que para que un corazón en tinieblas pueda obtener justicia, es necesario que la luz de Dios esté operativa, y esa luz es el resultado de la vida (**Juan**

1:4). Es decir, es necesario predicar el evangelio de manera directa y con unción, para que sea el Señor quien concrete una obra que va más allá de nuestras buenas intenciones.

El evangelio es el glorioso mensaje de salvación que Dios ofrece a todos, pero los frutos de dicho evangelio son el resultado de la obra soberana de Dios. La buena noticia es la obra integral de Jesucristo, en Su muerte y resurrección, a favor de toda la humanidad. El mensaje puede ser tan simple como lo plantea Pablo, aunque contenga una profundidad que no debemos tratar de demostrar.

El apóstol Pablo predicó este mensaje desde su conversión. Realizó varios viajes misioneros por Asia y Europa, llevando el evangelio del Reino, y escribió acerca de esta salvación en todas sus cartas. Incluso, en su epístola a los Gálatas, defendió con gran celo la integridad de este mensaje, llegando al extremo de llamar anatema a todo aquel que predicara ***“un evangelio diferente”*** (Gálatas 1:8).

El autor de toda la obra es, sin duda, Dios, pero Pablo, reconociendo la gracia de haber recibido comprensión, lo cataloga como ***“mi evangelio”*** (Romanos 2:16). Aunque claramente, la convicción del apóstol descansaba en la certeza de que Dios era el autor de este mensaje (Romanos 1:1).

Dios salva a los pecadores, y lo hace a través de Su operación y Su gracia, pero utiliza como medio la llamada locura de la predicación (**1 Corintios 1:21**). Esto debemos

producirlo nosotros, quienes hemos recibido la gracia de la vida.

El único problema de un evangelio catalogado como locura es que los interlocutores deben estar dispuestos a expresarlo a pesar de cualquier cuestionamiento. Cuando uno está frente a personas intelectuales, o ante aquellos que son hostiles o burlones, es difícil predicar el evangelio, pero en ningún caso, ni bajo ninguna circunstancia, debemos avergonzarnos de parecer medio locos.

Esto me recuerda mucho los primeros años de mi conversión, porque las personas con las cuales me relacionaba, como algunos familiares, amigos, conocidos, o clientes de mi negocio, no tenían nada que ver con el evangelio. Por supuesto, trataba de predicarles a todos, pero sufría bastante cuando notaba la burla, la indiferencia y la mirada compasiva de ellos, como si pensarán que había sido convencido estúpidamente por alguna religión.

Por mi parte, solo estaba apasionado por contarles lo que estaba viviendo, y al principio pensé que todos me creerían, porque sabían que yo era una persona sensata, pero no fue así. Me encontré con el descrédito, y me hablaban como si hubiera pasado de ser una persona sensata a un pobre loquito, o débil mental, que había sufrido un lavado de cerebro.

Yo era plenamente consciente de esto y, por supuesto, me causaba tristeza por ellos, pero no por mí, porque sabía lo

que estaba viviendo, y realmente deseaba que todos ellos también pudieran experimentarlo. Además, debo reconocer que no podía callarme, incluso cuando pretendía hacerlo para no ser cuestionado. No podía dejar de comunicar lo que inundaba mi corazón.

La verdad es que la mayoría de los cristianos lucen apasionados en los primeros años de su conversión, pero, lamentablemente, con el tiempo, la mayoría tiende a apagarse lentamente. Dejan de lucir apasionados, dejan de hablar con verdadera convicción y pierden el denuedo y toda actitud atrevida.

Antes de ascender al cielo, Jesús encargó a sus discípulos diciendo: ***“Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones”*** (Mateo 28:19). Este mandato es extensivo a todos nosotros. Todos tenemos la responsabilidad de cumplir con la Gran Comisión de predicar el evangelio del Reino y hacer discípulos en todas las naciones.

Cuando no compartimos el mensaje del evangelio, estamos fallando en cumplir con nuestro deber y, en un sentido, evidenciamos frialdad espiritual. En el famoso Sermón del Monte, Jesús enseñó que estamos llamados a ser la sal de la tierra y la luz del mundo (Mateo 5:13 y 14). Esta es una responsabilidad que debemos expresar desde el compromiso y la verdadera comunión con el Señor.

Hoy en día, se enseña mucho sobre la necesidad de dar buen testimonio y cuidar nuestra conducta ante todas las personas, demostrando verdadero fruto espiritual. Esto es muy importante, pero no debemos olvidar que en la tarea de ser luz, el evangelio también debe ser anunciado con palabras. Evangelizar implica llamar a los hombres a la fe en Cristo comunicando la verdad.

Por lo tanto, callar acerca de lo que Cristo hizo en la cruz del Calvario, es una forma de rebelarse contra el mandato del Señor. Cuando preferimos no hablar de nuestra fe, de la cruz y de la salvación en Jesucristo, no solo estamos desobedeciendo, sino también evidenciando que estamos faltos de pasión o avergonzados del evangelio.

Es cierto que el evangelio puede llegar a ser un mensaje ofensivo para el mundo y para el hombre no regenerado. Por eso, Pablo, e incluso el apóstol Pedro hablaron de nuestro Señor y de la cruz como de un “tropiezo” para los incrédulos (**1 Pedro 2:8; Gálatas 5:11**). Es lógico que la luz produzca incomodidad para los que están en tinieblas.

Cuando llamamos a las personas a la verdad del evangelio, puede que directa o indirectamente sientan la confrontación respecto al pecado, y eso puede resultarles ofensivo. Sin embargo, esto no debe ser motivo para suavizar el evangelio procurando no incomodar. Si la verdad ofende a algunas personas, debemos dejar que se ofendan; al final, esas personas han estado viviendo toda su vida ofendiendo a

Dios. Si es necesario, debemos permitir que se ofendan por un momento, pues ese enojo puede permitir la operación del Espíritu Santo en sus vidas. Debemos tener en claro, que lo peor no es el enojo, sino la indiferencia.

Es cierto que la tarea de evangelizar debe ser realizada con gracia y misericordia. Es cierto que estamos llamados a mostrar amor por los perdidos. Es cierto que debemos ser pacientes con ellos, aun si resisten o cuestionan nuestro mensaje. Pero esto no significa que, para evitar que se ofendan, debamos omitir palabras como pecado, cruz, arrepentimiento y condenación eterna, pues todas ellas forman parte central del mensaje del evangelio del Reino.

“Porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. ¿Cómo, pues, invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? ¿Y cómo predicarán si no fueren enviados? Como está escrito: ¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian la paz, de los que anuncian buenas nuevas!”

Romanos 10:13 al 15

Aunque las personas puedan sentirse acusadas o juzgadas por nuestra predicación, invitar a los hombres a la fe en Cristo es un acto de misericordia, ya que esa es la única manera de evitar el castigo eterno y de llevarlos a la posibilidad de recobrar el propósito en sus vidas. Lo contrario sería crueldad; callarnos o no manifestar a Cristo sería crueldad. Sabemos que la salvación proviene de Dios, pero

nosotros debemos hacer nuestra parte, que es hablar el evangelio del Reino.

Por otra parte, hay siempre una tendencia a enfatizar el amor de Dios cuando evangelizamos al incrédulo. Mejor dicho, destacamos que fue el amor de Dios lo que lo motivó a enviar a su Hijo a morir por nosotros. Y en un sentido, esto es correcto. A partir de ahí, invitamos a los hombres a responder a ese amor. Pero en muchos casos, no les hablamos de la culpa de los seres humanos y de las horrendas consecuencias del pecado.

Cuando evidenciamos una inclinación a enfatizar más los beneficios terrenales de la salvación, antes que los beneficios eternos, estamos diluyendo peligrosamente la verdad. No debemos tener un mensaje que pretenda ser atractivo para solucionar problemas, porque ese no es el objetivo central del verdadero evangelio.

Cuando pretendemos hacer del mensaje del evangelio algo más atractivo para el mundo, caemos en el error de ocultar los fundamentos mismos del mensaje. Entiendo perfectamente que deseamos llevar a las personas a Cristo, pero no podemos ofrecer bienestar, riquezas, sanidad física, restauración de todo, éxito personal y una vida sin problemas, como si Dios fuera el genio de la lámpara de Aladino, dispuesto a conceder todos los deseos con tal de que la gente le crea.

Cuando los creyentes nos enfocamos en los beneficios terrenales al evangelizar, estamos procurando despertar el interés de las personas para que nos den una respuesta afirmativa. Pensamos que los beneficios materiales son una manera efectiva de convencer a los incrédulos, pero esa no es la verdad del evangelio del Reino. Si queremos honrar a Dios, debemos predicar el evangelio de manera correcta.

Tampoco podemos decirles a las personas que Dios está a las puertas de su casa, llamando para que le abran. No podemos presentar a un Dios que está pidiendo que lo dejen entrar para poder comer. Ese mensaje fue dicho a la iglesia de Laodicea, no a los impíos (**Apocalipsis 3:20**). Decir tal barbaridad solo envanece y enaltece a los orgullosos.

En muchos casos, los cristianos apelan a su testimonio, mencionando los buenos resultados de haber abrazado el evangelio, pero la verdad es que, más allá de todo bienestar recibido, también tendríamos que contar que no todo ha cambiado o se ha producido tal como deseamos al recibir la gracia del Señor. Me apena decir que, en cierta forma, los cristianos parecemos hábiles vendedores que promocionan un producto llamado Cristo para despertar el interés del consumidor. Sin embargo, la gloria y la honra para Dios no se producen por solucionar nuestros problemas, sino porque Él es verdaderamente el Rey de Gloria.

Debemos terminar con el errado concepto de ofrecer a Jesús y luego pedir a las personas que lo acepten. Dios no está pidiendo ser aceptado por nadie. El evangelio se trata de

impartición de vida y regeneración recibida por la gracia. El fundamento de todo es la verdad misma llamada Jesucristo. Todo lo demás es un absurdo invento de los bienintencionados que procuran congraciarse con los pecadores con tal de llevarlos a su congregación.

No debemos olvidar tampoco que nuestro Señor les dijo a sus discípulos: ***“En el mundo tendréis aflicción”*** (Juan 16:33), y el mismo Pedro dijo: ***“Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento”*** (1 Pedro 4:1). El evangelio no es una invitación a salir de las dificultades, sino una impartición de vida, capaz de provocar luz respecto de la verdad.

Por otra parte, es importante comprender que la búsqueda del arrepentimiento de las personas sin la operación del Espíritu Santo es un absurdo. “Arrepentimiento” en griego es ***“metanoía”***, que significa cambio de pensamiento. Nadie puede cambiar su pensamiento respecto a la luz sin primero haber visto, y nadie puede ver si primero no le es dada tal gracia.

Observemos algunos versículos:

“Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio”,
Marcos 1:14 y 15

La pregunta sería: ¿Alguien se arrepintió ante este mensaje de Jesús? No, ni siguiera sus discípulos, que ciertamente lo siguieron creyendo en la revolución, pero no habían comprendido el Reino. Eso solo pudo ocurrir después de la resurrección, cuando comenzó la operación del Espíritu Santo en sus vidas.

“Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio”

Hechos 3:19

“Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia, ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan”

Hechos 17:30

El mensaje apostólico, tanto de Pedro en su primer discurso como de Pablo predicando en Atenas, hace mención del arrepentimiento, y esto es correcto. Debemos hacer un llamado al arrepentimiento. Sin embargo, deseo aclarar que debemos estar plenamente convencidos de que esta obra solo puede ser realizada por el Señor. No podemos cambiar el pensamiento de las personas por medio de argumentos, sino a través de la impartición de vida.

En la predicación del evangelio del Reino, debemos hablar, pero no para argumentar la fe, sino para comunicar la verdad. No debemos confiar en nuestras capacidades, sino ser canales para que el Espíritu Santo obre con poder. Por eso, lo

más importante en la predicación del evangelio es la unción que portamos, no el conocimiento bíblico, ni los argumentos científicos respecto de la existencia de Dios.

Tratar de presentar el evangelio como un mensaje más atractivo, enfocándolo en los beneficios terrenales, o intentar convencer a las personas con argumentos razonables, no eleva la honra al Señor. El Reino contiene toda la plenitud de vida, pero no ofrece como fundamento lo que los hombres buscan, y su verdad es locura para los intelectuales, porque no contiene sensatez humana, sino sabiduría divina.

El evangelio del Reino, siendo un mensaje que proviene de Dios, con un contenido específico, claro y definido, debe ser proclamado fielmente y bajo la unción del Señor. Sin unción, puede haber palabras, pero no vida. Por eso, debemos tener cuidado de no quitarle contenido para hacerlo menos ofensivo, ni añadirle información para hacerlo más creíble; debemos predicarlo siempre bajo la dependencia del Espíritu Santo y sin agregados.

Matthew Henry, el comentarista puritano del siglo XVII, decía a este respecto: *“El evangelio de Cristo es uno, puro y simple, que no admite ni añadiduras ni sustracciones”*. Quizás hemos predicado el evangelio de la forma en que nos enseñaron, pero eso no nos hace menos responsables si lo hacemos mal. Si estamos comprendiendo mejor nuestra tarea, debemos ajustar nuestras acciones.

Si vamos a decir junto al apóstol Pablo que no nos avergonzamos del evangelio porque es poder de Dios, entonces prediquemos el evangelio con sabiduría espiritual y bajo la unción del Espíritu. El apóstol Pablo les dijo a los corintios que había predicado el evangelio tal como lo había recibido, sin quitarle ni añadirle nada (**1 Corintios 15:3**). Recordemos que él recibió el evangelio por impartición de vida y por revelación, no por estudiar teología.

Prediquemos el evangelio y hagamos discípulos, pero recordemos que nosotros no convertimos los corazones de los hombres, no tenemos ese poder. Es el evangelio que predicaron Pablo, Pedro y Juan el que produce la salvación de los perdidos, por medio de la obra del Espíritu Santo. Debemos ser fieles en presentarlo tal como es. Nuestra responsabilidad es predicar la verdad; del resto se encarga el Señor. Unos siembran, otros riegan, pero la salvación y el crecimiento lo da Dios (**1 Corintios 3:6**).

Debemos honrar a Dios con nuestras vidas, con nuestros hechos, con nuestras palabras y con nuestro testimonio, ante todas las personas y en todo lugar. Tenemos un tiempo por delante, algunos más y otros menos, y debemos aprovecharlo muy bien. Si honramos a Dios, seremos reconocidos y recompensados por Él. Este es nuestro tiempo, es nuestra oportunidad, es nuestra responsabilidad, y debe ser nuestro deseo, el honrar a Dios impartiendo correctamente el evangelio del Reino.

“Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.

No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”.

Romanos 12:1 y 2



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial,
porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo
mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir
en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para
que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo,
que en su infinita gracia y paciencia,
me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de
vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia
ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con
alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin
su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://www.osvaldorebolleda.com) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Pastor y maestro
Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

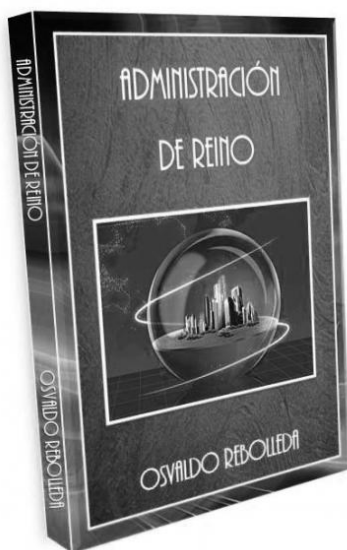
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE)

Y ministra de manera itinerante en Argentina

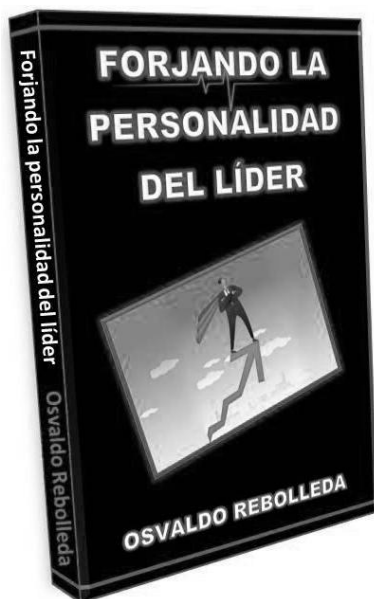
Y hasta lo último de la tierra.

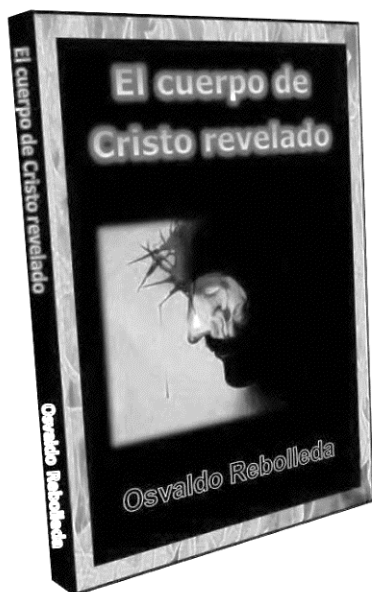
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

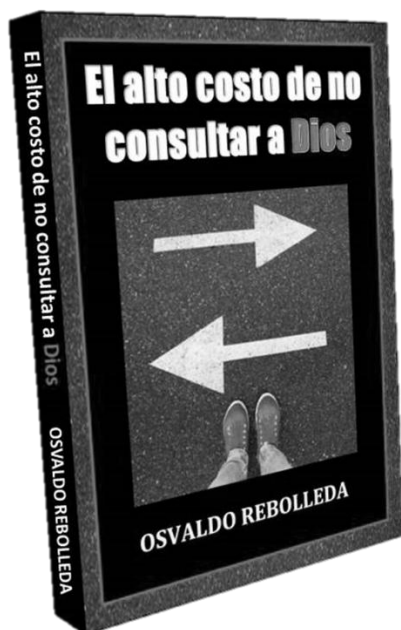


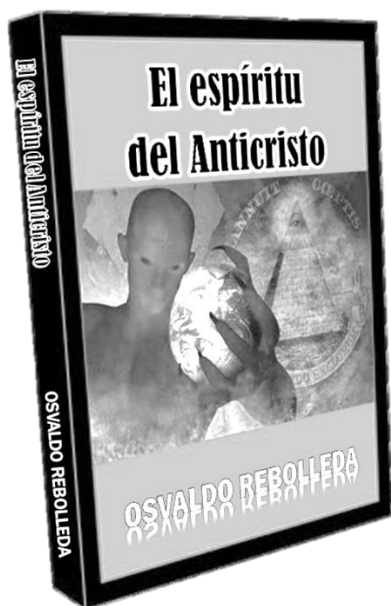
www.osvaldorebolleda.com



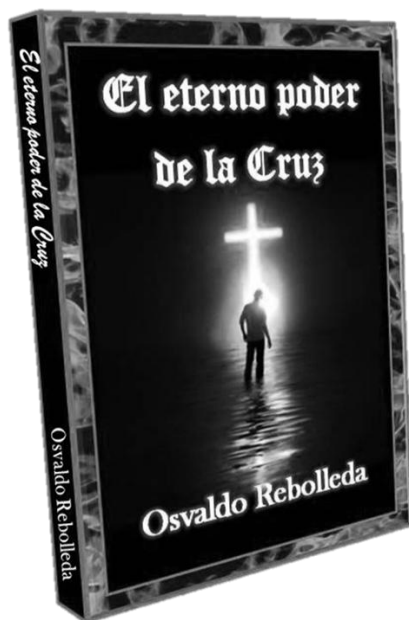
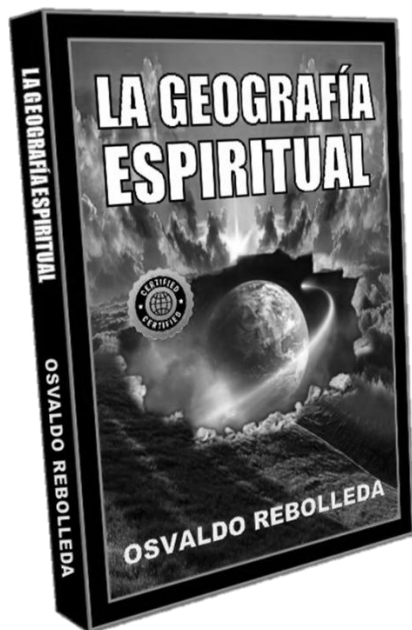


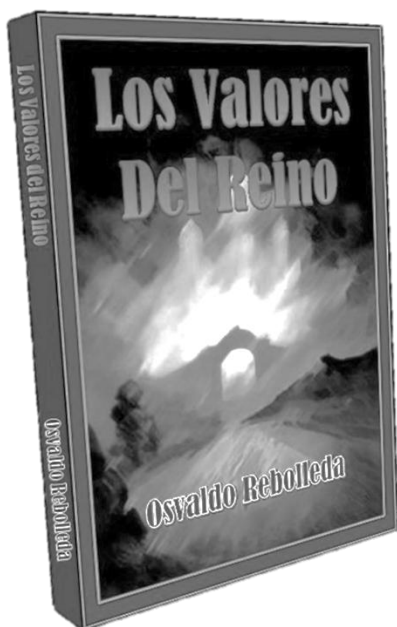
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com

